

17 17 17  
EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

---

CARIÑOS

# QUE MATAN

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

CEFERINO PALENCIA

---

TERCERA EDICIÓN

---

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(SUCESOR DE HIJOS DE A. GULLON)

OFICINAS: POZAS, 2, 2.º

1885

|



CARIÑOS

QUE MATAN

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

CEFERINO PALENCIA

ESTRENADA CON EXTRAORDINARIO APLAUSO

EN EL TEATRO DE LA COMEDIA LA NOCHE DEL 7 DE MARZO DE 1882.

Á BENEFICIO DEL EMINENTE PRIMER ACTOR Y DIRECTOR

D. EMILIO MÁRIO.

---

TERCERA EDICION

---



BARCELONA:

IMPRENTA DE LUIS TASSO SERRA

ARCO DEL TEATRO; 21 Y 23.

1885



A mi María.

CERERINO.

686059

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada EL TEATRO, de los HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## PERSONAJES

---

## ACTORES

|                         |        |           |
|-------------------------|--------|-----------|
| MARIA. . . . .          | SEÑORA | TUBAU.    |
| ANGUSTIAS. . . . .      | »      | FENOQUIO. |
| CRISTINA. . . . .       | SRTA.  | GORRIZ.   |
| D. FACUNDO. . . . .     | SEÑOR  | MARIO.    |
| RICARDO. . . . .        | »      | AGUIRRE.  |
| CARLOS.. . . .          | »      | ROMEA.    |
| Dr. BUSTAMANTE. . . . . | »      | VIÑAS.    |
| TONITO. . . . .         |        | N. N.     |
| UNA CRIADA. . . . .     |        | N. N.     |

---

ÉPOCA ACTUAL.

---

# ACTO PRIMERO.

---

SALA ELEGANTEMENTE AMUEBLADA.—CUATRO PUERTAS LATERALES: SEGUNDA IZQUIERDA HACE DE FORO.

## ESCENA PRIMERA

RICARDO y MARIA sentados en un sofá.

MARIA. ¿Conque vuelves á marcharte?

RICARDO. Hija, no hay otro remedio.  
Mira la carta que ayer  
he recibido.—“Yo creo (Se la muestra y lee.)  
que la presencia de usted  
haría cambiar de aspecto  
el negocio.»—En estas cosas  
hay que explotar el momento  
crítico, estar preparado;  
como quien dice, en acecho...

MARIA. ¡Ay, qué lenguaje!

RICARDO. Te extraña,  
¿no es verdad? Es muy diverso  
al que tú conmigo empleas  
y al que yo contigo empleo,  
cuando aquí, en la santa calma  
de nuestro hogar, en silencio,  
haciendo abstraccion del mundo,  
aunque grande, tan pequeño,  
dejamos que nuestras almas  
con dulcísimos acentos

- se confundan, se entrelacen  
y se eleven hasta el cielo.
- MARIA. Así quiero verte siempre!
- RICARDO. Así tambien yo te quiero;  
pero hay que bajar la vista,  
hay que descender al suelo,  
y puësto que en él estamos,  
vivir en él y *laus Deo*.  
Estos deben ser paréntesis  
cortos, muy cortos: el tiempo  
es oro: el oro es sabido  
que es el rey del Universo,  
y sin él nada se alcanza  
y con él se hace uno dueño  
de todo: pues á buscarle,  
ya que no le poseemos.
- (Levantándose y disponiéndose á salir.)
- ¿Está todo preparado?
- MARIA. Sí: ya todo está dispuesto.
- RICARDO. ¡Caramba!.. las seis y media.. (Sacando el reloj.)  
y yo á las ocho..... Hasta luego.
- MARIA. Dime.....
- RICARDO. ¿Qué?
- MARIA. ¿Volverás pronto?
- RICARDO. En seguida.
- MARIA. Me refiero  
al viaje.
- RICARDO. ¡Ah! Pues supongo  
que estaré aquí de regreso.....  
¡qué sé yo!..... lo antes posible.
- MARIA. ¡Qué vida!
- RICARDO. ¿Y por quién la llevo? (Volviendo á su lado.)  
¿Por quién corro yo y me agito  
y ambiciono ser un Creso?  
¿Por mí? Que no es por mí sabes;  
pues por quien soy te prometo  
que á ser yo solo en el mundo,  
diérame por satisfecho  
con vivir allá en mi aldea,  
si ignorado, áun más modesto.....



Pero tengo otros deberes  
que cumplir.

MARIA. Y con exceso  
los cumples. ¿Pues qué nos falta?

RICARDO. Nada. Pero ¿qué tenemos?

MARIA. Una renta.....

RICARDO. Bien pequeña;  
y además, que yo-me debo  
á tí, á mi padre, á mis hijos.....

MARIA. ¡A tus hijos! Dí á los nuestros,  
y no me llames madrastra;  
que aunque tan sólo en mi seno  
abrigo dí á nuestro Antonio,  
á Cárlos igual le quiero.

RICARDO. ¡Qué buena, qué buena eres!  
Cuando te escucho y te veo,  
quisiera..... ¡vamos!.... quisiera.....  
¿Sabes tú cuál es mi sueño?

MARIA. Conquistar para mí un mundo  
de riquezas.

RICARDO. Eso, eso.

MARIA. Labrar para mí un palacio  
portentoso, grande, inmenso,  
y encerrar en sus paredes  
cuanto ambiciona el deseo.  
Poner para que me sirvan  
lucido y brillante ejército  
de lacayos, que adivinen  
mis menores pensamientos.  
Cubrirme de pedrería,  
de encajes, de terciopelos.....

RICARDO. (Interrumpiéndola y en el colmo del entusiasmo.)

Sí, mi bien; y que en la calle,  
en la iglesia, en el paseo,  
al contemplar tu hermosura  
y al ver tus trenes soberbios,  
diga la gente envidiosa:

“Mirad: ahí va la de Olmedo.

¡Cuánto la quiere su esposo!

¡Qué lazo tan santo y tierno

debe unir esas dos almas!  
¡Felices, felices ellos!»  
MARIA. ¡Ese es tu sueño, Ricardo!  
RICARDO. Ese, María, es mi sueño,  
y realizado he de verle  
ó en la demanda me quedo.  
Pero, ¡ay, Dios mío, qué tarde!  
(Volviendo á mirar el reloj.)  
Si á tu lado..... ¡Ea, te dejo!  
¡Adios!  
MARIA. Yo vuelvo en seguida. (Vase por el foro.)  
RICARDO.  
MARIA. ¿Puede ser más verdadero  
ni más grande su cariño?  
¿Pues por qué sufro y me apeno?  
¿Es que él le siente de un modo  
distinto al que yo le siento?

## ESCENA II

MARIA.—ANGUSTIAS que sale por la izquierda.

ANGUST. ¡Hola, hijita! ¿Cómo estás?  
¿Te encuentras algo mejor?  
¡Tienes perdido el color!  
No lo niegues; y además.....  
¿A ver? ¡Tu frente está fría! (Tocándole la frente.)  
¡Claro! Si ya te lo he dicho:  
¡tú estás mala!  
MARIA. ¡Qué capricho!  
ANGUST. ¡Tú estás muy mala, hija mía!  
MARIA. ¡Cuántas veces la diré  
que de salud estoy llena!  
ANGUST. ¿Pues no dice que está buena?  
MARIA. Sí, señora.  
ANGUST. ¡Cállate!  
Comes poco ó casi nada:  
suspiras continuamente;  
siempre huyendo de la gente,  
siempre triste y reservada:  
en nada encuentras placer.

¡Todo te produce hastío!  
Pues ¿por qué es eso?

MARIA. ¡Ay, Dios mío!

¿A que me va á hacer creer?.....

ANGUST. ¿Por qué es eso, dímelos?

¿Qué sientes? ¡No estés callada!

MARIA. ¿No le he dicho á usted que nada?

ANGUST. ¡Dale con decir que no!

¡Si hasta tu sueño!.....

MARIA. ¡Qué empeño!.....

ANGUST. ¡Llámame pesada, sí!

Mas ¿querrás negarme á mí

que es intranquilo tu sueño?

Yo lo sé, yo lo he velado:

y por frases que he oído

de tu boca, he deducido

que es muy anormal tu estado.

MARIA. Mamá, ¡por la Virgen pura!

ANGUST. Por ser como tú tu padre,

está llorando hoy tu madre,

su muerte tan prematura.

¡Pobrecito! En los sesenta

rayaba cuando murió,

y hasta el día que espiró

no se dió el médico cuenta

de su mal. Él suponía

que era una *gastro-enteritis*

cuando fué una *timpanitis*

lo que le mató, hija mía.

En fin, no te hablaré más;

puedes hacer lo que quieras.

El día que tú te mueras

irá tu madre detrás!

(Lloriqueando.)

MARIA. ¡Vaya, me marcho de aquí!

(Incomodada.)

ANGUST. ¡Bueno, vete!

MARIA. ¡Se acabó!

ANGUST. ¡La culpa me tengo yo

por quererte tanto!

MARIA. ¡Si!

### ESCENA III

Dichas. D. FACUNDO y TONITO. Tonito viene tocando el tambor y D. Facundo con una escopeta al hombro, ejecutando lo que marca el diálogo.

- FACUNDO. ¡Alto! Media vuelta. ¡Arr!  
¡Firmes! ¡Descansen! Así.
- MARÍA. ¡Jesús! ¡Dios mío!
- FACUNDO. ¡Ji! ¡Ji!
- MARIA. ¿Qué hacen ustedes?
- FACUNDO. Jugar.  
¿Qué hemos de hacer?
- ANGUST. ¡Está loco!
- FACUNDO. Mas por ahora nos paramos,  
porque estoy rendido, y vamos  
á descansar aquí un poco.
- ANGUST. ¡Ya lo creo! ¡Tal trajin  
trae usted!
- FACUNDO. Así vivimos.  
¿No es verdad? Ahora venimos  
de regar todo el jardin. (A Tonito.)
- ANGUST. ¿Escuchas esto y te callas? (A María.)
- FACUNDO. Jugamos allí á los toros,  
y entre cristianos y moros  
simulamos mil batallas,  
y nos hacemos añicos  
• los trajes, y nos pegamos,  
y corremos, y saltamos.....
- ANGUST. ¿Quién? ¿usted?
- FACUNDO. Yo y otros chicos.
- MARIA. ¡Siempre con el mismo humor!
- FACUNDO. Y así me conserve el cielo.  
—Venga usted con el abuelo  
y deje usted el tambor. (A Tonito desatándosele.)  
¿Quién este nudo desata?  
Ea, ya está: sube aquí.

(Queriéndole poner sobre sus rodillas, haciéndolo con mucho trabajo y casi dejándole caer.)

¡Aupa! ¡aupa!

ANGUST.

¡Ay!

(Alarmada.)

FACUNDO.

¡Ji! Ji!

ANGUST.

¡Jesús! ¡un día le mata!

FACUNDO.

¡Dí que no, que son engaños!

(A María.)

— ¡No sea usted zizañera!

ANGUST.

¡Si no puede usted siquiera  
con el peso de sus años!

FACUNDO.

¡Que no estoy fuerte! ¡Pues digo!.....

Aún si la ocasion se ofrece....

ANGUST.

¡Vaya!

FACUNDO.

¿A usted que le parece?

¿Se echa usted á reñir conmigo?

(A un movimiento que hace parece que otra vez se le cae el niño.)

ANGUST.

¡Ay, le estoy viendo en el suelo!

(Queriendo quitársele.)

FACUNDO.

¡Defiendeme, Maricuela!

(Forcejeando.)

ANGUST.

Traiga usted: ¡yo soy su abuela!

FACUNDO.

¡Y eso qué! ¡yo soy abuelo!

ANGUST.

¡Nada me importa!

MARIA.

¡Por Dios!

FACUNDO.

¡Qué afán de presagiar males!

MARIA.

Vaya, pues los dos iguales!

¡Con ninguno de los dos!

(Quitándosele.)

ANGUST.

¡Bien hecho!

FACUNDO.

¡Sí, muy bien hecho!

Y yo no me he de oponer:

es suyo, le ha dado el sér

y está muy en su derecho.

Mas robarle á mi cariño

otra que su madre..... Dí:

¿A quién quieres más?

(A Tonito.)

TONITO.

A tí.

FACUNDO.

¿Oye usted?

ANGUST.

Si usted es un niño

como él.

MARIA.

A no dudar.

—Y usted sus gustos halága,

y le mima.....

ANGUST.

Pues Dios haga

que no tengas que llorar  
ese cariño algún día.  
¡Siempre á vueltas con el chico!

FACUNDO. Ya ves que yo no replico.

MARIA. ¡Mamá!.....

ANGUST. Me callo, hija mía.

No aumentaré tu dolor  
ni exacerbaré tu pena.

(Lo dicho; que no está buena:  
hoy mismo llamo al doctor.) (Vase por la izquierda.)

## ESCENA IV

Dichos menos ANGUSTIAS.

FACUNDO. No quiero buscar cuestiones;  
pero de quicio me saca  
tu madre: es monomaniaca:  
¡mejor madama aprensiones!

Anda, ya que se marchó  
no seas tú tan cruel:  
deja que me mire en él,  
¡deja que le tenga yo!

(Cogiendo el niño y poniéndole sobre sus rodillas.)

¿Dónde hay placer más completo  
para el tronco carcomido  
que verse reproducido  
en un retoño, en un nieto?

¿Qué dicha puede igualar  
á esta que tanto me halaga?

¿Ves? La luz que en mí se apaga,  
en él comienza á brillar.

Y el fuego que en su frente arde  
me inunda con su arrebol.

¡El primer rayo del sol  
y el último de la tarde!

Todo vive, nada muere:  
¡yo vivo en él y él en mí!

¿Qué hacer? ¡La vida es así!  
¡el Señor así lo quiere!

Otros á él le empujarán  
cuando llegue á ser anciano;  
que en el oleaje humano  
unos vienen y otros van.  
Yo ya pronto.....

MARÍA.

¡Sabe Dios!

¡Vamos!....

(Consolando á Facundo que llora.)

FACUNDO.

¡Viejo y achacoso!..

(Transición.)

—¡Qué contraste tan hermoso  
hacemos ahora los dos!  
¿Verdad! Él capullo tierno  
que en la primavera brota:  
yo rama que el cierzo azota  
en cruda noche de invierno:  
arroyo que de la vida  
el valle empieza á cruzar;  
yo río que en hondo mar  
halla el fin de su partida.  
¡Qué diferentes edades!  
¡qué distintas sensaciones!  
Él, tesoro de ilusiones:  
yo, de tristes realidades!  
Para mí pesada cruz  
la que á él le alienta en su marcha.  
¡Mira el rocío y la escarcha,  
las tinieblas y la luz!  
—Ven, ven, abrázame..... ¡Así!

(Apretando el niño á su pecho.)

Fuerte, fuerte, ¡aprieta más!  
No me abandones jamás:  
¡nunca te apartes de mí!  
No me dejes, hijo mío;  
que no me falte tu amor;  
¡que á tí te sobra calor  
y yo me muero de frío!  
—Pero qué es eso, ¿has llorado?

(Reparando en María que se le han saltado las lágrimas.)

MARÍA.

De oírle á usted.

FACUNDO.

Estos extremos

que hago yo... ¡Bah! ¡bah! Dejemos

filosofías á un lado.  
Ni aunque sea de alegría  
verte llorosa me agrada.  
¡Pues no te quiero yo nada  
que digamos, hija mía!  
Y, no obstante, tu enemigo  
he sido algun tiempo.

MARIA. ¿Sí?

¿Y por qué causa?

FACUNDO. ¡Ji! ¡Ji!

Voy á ser franco contigo:  
te lo voy á confesar.  
—Cuando un día nos llamó  
Ricardo, y nos anunció  
que otra vez se iba á casar,  
Carlines y yo, en conciencia,  
nada debimos decir;  
mas no pudimos oír  
la noticia con paciencia;  
que á los dos nos contrariaba  
creer cierto nuestro daño,  
viendo que tú, un sér extraño,  
en la familia se entraba.

MARIA. No era injusta la ojeriza.

FACUNDO. ¡Y mucho! ¿Cómo que no?

MARIA. ¿Qué soy para Carlos yo  
sinó una madre postiza?

FACUNDO. ¿Quieres callar? Mas te vimos:  
uno en otro nos fijamos....  
y yo sé lo que pensamos,  
porque los dos sonreímos:  
pues ambos, tu rostro al ver,  
nos dijimos: «Cosa clara:  
un cielo lleva en su cara,  
una santa debe ser.»

MARIA. ¡Papá!

FACUNDO. ¡Y una santa eres!

No son extrañas ideas.  
¡Bendita, bendita seas  
entre todas las mujeres!



- MARIA. ¿Y por qué? ¿Pues yo que hago  
sinó cumplir mi deber?  
¿Qué menos puedo yo hacer?  
Me dan cariño y le pago.
- FACUNDO. Pero ¿te le dan?
- MARIA. Con creces:  
tanto, que colma mi afán.
- FACUNDO. ¡Qué ángel! ¡Nunca te darán  
todo el que tú te mereces!
- MARIA. Pues Ricardo.....
- FACUNDO. Con locura  
te quiere.
- MARIA. ¿Le hay más amante?
- FACUNDO. ¿Por qué entonces tu semblante  
no refleja esa ventura?
- MARIA. Soy feliz, créame usted.
- FACUNDO. Júralo.
- MARIA. ¡Qué desvarío!  
¿Quién te quiere á tí, amor mío?  
(Cogiendo al niño, besándole y procurando ocultar su emoción.)
- FACUNDO. (Bueno, yo me enteraré.)  
Anda, vamos á jugar  
á otra cosa. ¿Traigo el coche?
- MARIA. No, señor, que ya es de noche  
y el niño se va á acostar.
- FACUNDO. ¡Mira como tuerce el gesto!
- MARIA. ¡Cá! ¡Si él es bueno!
- FACUNDO. ¡Bribon!
- MARIA. Y ya sabe una oracion  
mi nene.—“Con Dios me acuesto”.....  
(Diciéndosela para que la repita el niño.)
- FACUNDO. ¡Alza! ¿Toda entera?
- MARIA. Sí.  
—Dé usted un beso al abuelito,  
y á la cama.
- FACUNDO. ¡Pobrecito!  
Déjalo otro poco aquí.
- MARIA. Es tarde.
- FACUNDO. ¡Por vida de!....  
Luego irá á verte el *abelo*

- y le tirarás del pelo,  
y haremos títeres, ¿eh?  
¡Qué cara! ¡Voto á mi nombre!  
MARIA. (¡Al cabo le hará llorar!)
- FACUNDO. ¡Irse tan pronto á acostar!...  
¡No, pues cuando sea hombre!....
- MARIA. Pero entre tanto....
- FACUNDO. ¡Tirana!  
¡Nos vengaremos los dos!
- MARIA. ¡Adios, abuelito, adios!  
(Procurando que el niño repita esas frases.)
- FACUNDO. ¡Remonono! ¡Hasta mañana!  
(Colmándole de besos. María se retira con el niño por la derecha segundo término.)

## X ESCENA V.

FACUNDO, CRISTINA y CARLOS que vienen por el foro como disputando.

- CARLOS. Mira, si así te alucinas  
tendremos dos mil cuestiones:  
¡siempre estás viendo visiones!
- CRISTINA. ¡Siempre estoy viendo vecinas!
- FACUNDO. ¡Hola, futuritos!
- CRISTINA. (Sin hacer caso del abuelo.) Sí:  
¡tú la has mirado al pasar!
- CARLOS. ¡Hija, no voy á cerrar  
los ojos!
- CRISTINA. ¡Pobre de mí!  
—¿De dónde vienes?
- CARLOS. ¡Pues harto  
lo sabes!
- CRISTINA. ¡No mientas! ¡Vete!  
¡Sales de clase á las siete  
y son ya las siete y cuarto!
- CARLOS. ¡Digo! Mientras llego aquí... ..
- CRISTINA. ¡Porque te has entretenido!  
O si no, ¿en qué has invertido  
ese cuarto de hora, di?
- FACUNDO. ¿Qué es eso?

- CÁRLOS. Esta, que me infiere  
una ofensa.
- FACUNDO. ¡Tened calma!
- CRISTINA. ¡Ay, padrinito del almà,  
no me quiere, no me quiere!
- (Llorando y cayendo en sus brazos.)
- FACUNDO. ¡Arroja de tí esa pena!  
El chico es fiel á tu amor.
- CRISTINA. ¡No me quiere, no, señor!  
Claro, como soy mórena,  
no soy su tipo.
- FACUNDO. Sí tal.
- CRISTINA. Él se lo ha dicho á la Inés;  
que una mujer rubia es  
el tipo de lo ideal.
- FACUNDO. ¡No es eso lo que diría!
- CÁRLOS. Sí que lo dije, abuelito;  
pero fué, y te lo repito,  
por mera galantería.  
Además de que la Inés  
es casada y yo soltero.
- FACUNDO. ¡Ah! Pues si es casada.....
- CRISTINA. Pero...  
la vecina no lo es.....  
y como es rubia y bonita  
y muy coqueta.....
- FACUNDO. ¡Bah! ¡bah!
- CRISTINA. ¡Pero á mí no me la da!  
Es porque se tiñe..... ¡Quita!
- (A Carlos que se aproxima á hablarla.)
- FACUNDO. Escucha lo que te digo  
y desarruga el semblante.  
Desde hoy en adelante,  
que jamás encuentre abrigo  
esa sospecha traidora  
en tu pecho virginal:  
el tipo de lo ideal  
es el sér á quien se adora.
- CÁRLOS. Si es inútil predicarla  
y en vano es todo consejo:

si en cuanto de verla dejo  
cree que dejo de amarla.

CRISTINA. ¿Qué dijo usted cuando al cabo  
sus protestas acepté?  
—“Siempre, Cristina, seré  
su más fiel y humilde esclavo.  
Mirar su imágen querida  
será mi constante anhelo,  
que usted es mi encanto, mi cielo,  
mi gloria, mi luz, mi vida.»

FACUNDO. ¡Echa! ¡echa!

CÁRLOS. ¿Y lo jurado  
no cumplo?

CRISTINA. Si me amas, dí:  
¿por qué, por qué huyes de mí,  
y no vuelas á mi lado?

CÁRLOS. Porque yo no sé volar:  
por esa y otras razones;  
porque tengo obligaciones  
á que no puedo faltar.

CRISTINA. ¡Lo mismo te estoy oyendo  
hace días, y me vendes!

CÁRLOS. Pero, hija, ¿tú cómo entiendes  
el cariño?

CRISTINA. Asi lo entiendo.  
Dos se quieren: ¿no es verdad?  
Pues por desdicha ó fortuna  
desde aquel instante, una  
es su alma y su voluntad.  
¿Sientes tú lo que yo siento?  
Toma en cambio mi albedrío,  
y cual reinas tú en el mío  
reine yo en tu pensamiento.  
¿Abrigas dudas extrañas?  
Ya á mi amor no eres constante:  
si me olvidas un instante,  
en ese instante me engañas.  
¿Te duermes? Pues me has de ver,  
y has de verme al despertar;  
que al dejarme de mirar

ya me dejas de querer.  
Y, en fin, todo para mí,  
porque de todo recelo.  
¡Y no mires ni aun al cielo,  
si es que no me ves allí!

CÁRLOS. Si hablas con esa pasión  
y de tal modo te exaltas.....

CRISTINA. Pues bien; si sé que me faltas  
no sólo con la intención:  
si así te burlas de mí  
y es tu conducta alevosa,  
¿hago mal en ser celosa  
y en desconfiar de tí?  
¿No es tuyo mi corazón?  
¿No es tuya mi alma sencilla?

FACUNDO. ¡Tiene razón la chiquilla!

CÁRLOS. ¡Abuelo!

FACUNDO. Tiene razón.

CÁRLOS. Pero, hombre, ¿es tan disoluta  
mi vida? ¿Soy un bandido?  
Hija mía, tú has nacido  
para ser reina absoluta.  
Yo no niego ni he negado  
que ser tu esclavo juré:  
pero comprende que fué  
en sentido figurado;  
que si de otro modo fuera  
sería una atrocidad;  
no tendría libertad  
para respirar siquiera.  
Si miro, te causo enojos,  
y si hablo, te vuelves loca.  
¿Para qué quiero la boca?  
¿Para qué tengo los ojos?  
¿No te di ya mi albedrío?  
¿Palabra y fé no te dí?  
Pues bien, confía tú en mí  
como yo de tí confío.  
Que así el cariño comprendo  
y cualquiera lo comprende.

Quien duda de mí me ofende:  
si dudo de tí te ofendo.  
Y respecto á soñar, dí,  
angel mío, por san Pablo,  
cuando sueña con el diablo,  
¿cómo voy á verte á tí?  
En fin, cosa de aburrirse;  
con esos malditos celos  
dudas hasta de los cielos,  
¡que es cuanto puede decirse!  
Si no tienes reflexión.

FACUNDO. ¡Mira, pues no dice mal!

CRISTINA. Pero...

FACUNDO. Yo soy imparcial:

tú también tienes razon.

(A Carlos.)

CRISTINA. ¿Pues no dijo usted há un instante?

FACUNDO. Porque no lo había oído;  
pero ahora me he convencido.  
(¡Qué labia tiene el tunante!)  
Conque no tienes á Dios...

CRISTINA. Sí, porque no sabe usted...

FACUNDO. Hija, yo tan sólo sé  
que os quiero mucho á los dos.  
Y, ó dejo de ser Facundo...

CRISTINA. Si soy muy tonta, muy necia...  
¡Todo el mundo me desprecia  
porque estoy sola en el mundo!

FACUNDO. ¡Cristina!

CÁRLOS. ¡Bonitos modos!

FACUNDO. ¿Eso tu mente imagina?  
No digas eso, Cristina,  
que nos ofendes á todos.  
Eres huérfana, es verdad;  
pero al traerte á mi lado,  
en esta casa has hallado  
un alivio á tu orfandad.

CRISTINA. Soy muy ingrata, lo sé;  
mas yo ofender no he querido...

FACUNDO. No, si no me has ofendido,  
pero...

CRISTINA. Yo me enmendaré.  
CÁRLOS. ¡No sabes lo que te haces  
ni lo que dices!  
CRISTINA. Por tí.  
FACUNDO. Venid los dos juntos á mi  
y hagamos los tres las paces. (Abrazando á los dos.)  
—¿Tú la quieres?

CÁRLOS. ¡Con locura!

FACUNDO. ¿Y tú?

CRISTINA. ¡Con toda mi alma!

FACUNDO. Pues á recobrar la calma  
y á gozar vuestra ventura.  
Mas no te aflijas ni llores  
ni vuelvas á hacer extremos:

(Como confidencialmente.)

todavía no debemos  
declarar vuestros amores.

CRISTINA. Don Ricardo se opondrá.

FACUNDO. Si se opone, que se oponga;  
ó hace lo que yo disponga  
ó si no él lo perderá.  
Cuando éste haya terminado  
su carrera, y sea un hombre,  
y tenga adquirido un nombre  
y un título de abogado...

CRISTINA. ¡Qué gusto!

FACUNDO. ¡Fiad en mí.

CRISTINA. Ya ni sufro ni me apeno.  
¡Qué bueno es usted, qué bueno!  
Ya estoy contenta.

FACUNDO. ¡Ji! ¡Ji!

CRISTINA. ¡La alegría me rebosa!  
¡Qué feliz soy este instante!  
Verás como en adelante (A Carlos.)  
ya no vuelvo á ser celosa.  
Yo tendré más reflexion,  
ite lo juro!

FACUNDO. ¡Qué mujeres!

CRISTINA. ¡Ah! ¡Chits! ¡Carlillos! (Desde la puerta.)

CÁRLOS. ¿Qué quieres?

CRISTINA. ¡Que no mires al balcón!  
(Váse por la izquierda, segundo término.)

## ESCENA IV

D. FACUNDO y CÁRLOS.

CÁRLOS. ¡Vaya un modo de enmendarse!  
¡Señor, esto quién lo aguanta!

FACUNDO. Mira á ver si está escuchando  
tras la puerta.

CÁRLOS. ¿Tengo carta?

FACUNDO. Tienes dos, y á nombre mío  
las dos. (Sacándolas y entregándoselas.)

CÁRLOS. Vengan.

FACUNDO. ¡Tarambana,  
que me estás comprometiendo!  
¡Meterme á mí en estas danzas!...

CÁRLOS. ¿Qué menos puede usted hacer  
por su nieto?

FACUNDO. ¡Anda de ahí, maula!

CÁRLOS. A ver: esta es de Matilde, (Abriendo una.)  
la que cose en ropa blanca.

FACUNDO. Cállate, nada me digas,  
que no quiero saber nada.  
¿Qué te dice, qué te dice?  
(Aproximándose á leer la carta que tiene Cárlos.)

CÁRLOS. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

FACUNDO. ¿Que te *idolatra*?

CÁRLOS. “Ayer no pude ir al baile  
porque estoy muy ocupada.  
Estoy bordando camisas  
y pantalones y chambras,  
y todo para unos novios  
que se unen esta semana.  
¡Cuándo bordaré mi equipo!  
¿Cuándo me verá *cazada*?”

FACUNDO. ¿*Cazada*? ¡Ji! ¡ji! ¡Qué cosas  
escriben estas muchachas!  
¿Es andaluza? ¿Cecea?



- CÁRLOS. No, señor; es de la Alcarria;  
pero escribe en andaluz.  
Escuche usted la *postdata*:  
«Mañana es mi cumpleaños.»
- FACUNDO. Bueno: debes contestarla  
que los tenga muy felices.
- CÁRLOS. Tendría eso mucha gracia;  
pero no se lo merece.  
Si no estuviera á la cuarta  
como estoy siempre...
- FACUNDO. (Sacando dinero.) Entendido.  
Dos pesetas columnarias...  
De estas quedan ya muy pocas. (Dánoselas.)
- CÁRLOS. Pero abuelo...
- FACUNDO. ¿Las rechazas?
- CÁRLOS. Vengan. La compraré un coche.  
A ver la otra... de la Paca: (Abriendo otra carta.)  
esta sí que es andaluza;  
árabe de pura raza.
- FACUNDO. ¿Pero, chico, cuántas tienes?
- CÁRLOS. Mi padre viene á esta sala.
- FACUNDO. ¿Sí? Pues cambiemos de rumbo,  
porque luego me regaña.  
¡Dice que te echo á perder,  
y eso no es verdad, caramba!  
(Adoptando un aire sentencioso.)  
—Tenlo presente, hijo mío.  
El trabajo, la constancia,  
la aplicacion al estudio  
y la obediencia al que manda,  
son dotes que en este mundo  
justa recompensa hallan.  
Sé bueno por egoísmo,  
que el ser bueno es una ganga.

## ESCENA VII

Dichos. RICARDO, que ha estado oyendo la última parte de la escena.

RICARDO. ¿Y ese sermón á qué viene?

FACUNDO. ¡Hola, Ricardo! ¿Ahí estabas?

RICARDO. ¿Ha dado motivo alguno?

FACUNDO. No, muy al contrario. ¡Vaya!

Pero estábamos hablando;

y como eso nunca daña,

yo le daba unos consejos

hijos todos de mis canas.

RICARDO. ¡Supongo que ya sabrás

que me ausento!

(A Cárlos.)

CÁRLOS. Lo ignoraba.

RICARDO. Pues bien: mientras yo esté fuera,

que no se vea aquí hollada

mi autoridad. A tus clases,

y desde la clase á casa.

Si quiere salir María

á paseo, la acompañas;

pero nada de amiguitos,

de cafés, ni de jaranas.

Hoy por hoy, mientras no tengas

tu carrera terminada,

debes pensar solamente

en los libros, que mañana

tiempo tendrás para todo.

¡Ah! que ya se me olvidaba.

Ayer te han visto fumando.

FACUNDO. (¡Este hijo mío está en Babia!

Hasta los niños de teta

fuman hoy y usan petaca.)

CÁRLOS. Me dió un cigarro un amigo,

y porque no lo tomara

á desaire, le acepté.

RICARDO. ¡Pues no hay amigos que valgan!

El fumar siempre es un vicio.

¡te lo he prohibido y basta!

- FACUNDO. (A Ricardo.) (Mira que tiras del freno demasiado. Rienda larga es lo que su edad exige.)
- RICARDO. (Calle usted. ¡Bonitas máximas! La juventud siempre es ciega y es preciso refrenarla.)
- FACUNDO. (Bueno, cuando tú te marches..)  
(Pasando al lado de Carlos.)  
(Déjalo, cuando él se vaya...)
- RICARDO. ¿No le querré yo por eso?  
Además, que él no me guarda rencor. ¿No es cierto, hijo mío?
- CÁRLOS. Sí, señor.
- RICARDO. ¡Ven, buena alhaja!  
Cuando él sea un abogado...
- FACUNDO. (Ya defenderá su causa.)
- RICARDO. Le abriré yo mismo, yo,  
las puertas de esta morada:  
le haré ver lo que es el mundo,  
y de su ambicion en alas  
podrá volar cuanto quiera  
y hacer lo que más le plazca.
- FACUNDO. (¡Qué equivocado está el pobre!  
En fin, allá se las haya!)

## ESCENA VIII

Dichos. Dr. BUSTAMANTE apareciendo en el foro.

- BUSTAM. ¡Señores!...
- LOS TRES. ¿Eh?
- BUSTAM. Servidor.
- RICARDO. Muy señor mío. Adelante.
- BUSTAM. Soy el doctor Bustamante.
- RICARDO. ¿Cómo?
- BUSTAM. Que soy el doctor.
- RICARDO. Ya lo hemos oído, sí.
- FACUNDO. ¿Y á quién viene usted á curar?
- BUSTAM. Se me ha mandado llamar...
- RICARDO. ¿Pues quién está malo aquí?

QUIZÁ venga usted engañado.  
BUSTAM. ¡Oh, no! Creerlo no puedo.  
¿No es usted el señor de Olmedo?

RICARDO. Sí, señor.

BUSTAM. Yo vivo al lado;  
aquí, en el número tres,  
y á toda la vecindad  
conozco.

RICARDO. Sí, sí, es verdad.  
Pero el enfermo ¿quién es?  
¡Será María!

(Alarmado.)

## ESCENA IX

Dichos. ANGUSTIAS.

ANGUST. Soy yo.

RICARDO. ¿Pues qué tiene usted?

ANGUST. No es nada.

Estoy algo delicada;  
pero no es gran cosa.

RICARDO. ¿No?

ANGUST. Nada, te puedes marchar.  
(No quiero que este se apure.  
Me he propuesto que se cure  
mi hija, y se ha de curar.)  
Ya consultaremos luego,  
doctor.

BUSTAM. A su orden estoy.

RICARDO. Es que no me marchó hoy.....

ANGUST. No, no: vete, te lo ruego.

Hice llamar al señor  
por ver si esto se me pasa,  
y porque en ninguna casa  
está demás un doctor.

¿No es cierto?

(A Bustamante.)

BUSTAM. Creo que sí.

FACUNDO. Pues yo, la verdad, querido,  
los temo, los he temido

más que á la peste.

ANGUST. Hoy á mí:  
mañana á tu padre.....

FACUNDO. (Asustado.) ¿Eh?  
Déjeme usted en paz, señora,  
que á mí no me duele ahora  
nada.

ANGUST. ¡Sí, bueno está usted!.....  
Con los excesos que hace,  
todos hijos del capricho,  
un día, yo ya lo he dicho.....

FACUNDO. ¡Mejor! *Requiescant in pace.*  
¡Siempre buscando disputa!

RICARDO. ¡Padre!.....

FACUNDO. ¡Si está en un error!

ANGUST. Que nos lo diga el doctor.  
¿Le conviene comer fruta?

BUSTAM. No.

ANGUST. Pues la come sin miedo,  
sin que le detenga nada;  
y, claro está, coge cada  
cólico, que canta el credo.  
Sin ir más lejos, ayer  
comió cerezas.

FACUNDO. (¡Qué ricas!)

ANGUST. No lo niegue usted, las chicas  
lo han descubierto al barrer.  
En un rincón de su alcoba  
estaban los huesos.

RICARDO. ¿Sí?

FACUNDO. Bueno. ¿Y cuántas me comí?

ANGUST. ¡Yo no digo que una arroba!  
Y es lo peor que á Tonito,  
—aunque gruñe su mamá,—  
de cuanto come le dá:  
hasta que al pobre angelito  
le dé un día un torozón,  
y ¡dios! Lo he pronosticado:  
el día menos pensado  
¡mueren de una indigestion!

- BUSTAM. O le acomete un acceso.....  
RICARDO. ¿Oye usted? ¿Oye al doctor?  
Desde hoy, papá, por favor.....  
FACUNDO. ¡Dale! ¡Que no creas eso!  
RICARDO. Sus achaques y su edad  
exigen mucho cuidado.  
A usted queda encomendado,  
doctor.  
FACUNDO. (¡Qué barbaridad!)  
RICARDO. Viene usted diariamente.....  
FACUNDO. Pero, hombre, ¿tú no meditas?.....  
RICARDO. Y hace usted cuantas visitas  
tenga usted por conveniente.  
FACUNDO. Un doctor es un peligro  
constante. (A Ricardo que no le hace caso.)  
RICARDO. No tengo tasa.  
FACUNDO. ¡El cólera morbo en casa!  
(No, pues no me coge: ¡emigro!)  
BUSTAM. Yo celebro esta ocasion,  
en que ganancioso salgo;  
y desde hoy cuanto sé y valgo  
está á su disposicion.  
Como siempre, aquí he de ser,  
con exquisita conciencia,  
sacerdote de la ciencia  
y esclavo de mi deber.  
Usted por sí juzgará.....  
FACUNDO. (¡No te diera un tabardillo!)  
BUSTAM. Mi sistema es muy sencillo:  
el homeópata.  
FACUNDO. ¡Ya!  
BUSTAM. Ciencia que no está basada  
en jarabes ni en unturas:  
nosotros hacemos curas  
maravillosas con nada.  
Combatimos todo mal  
sin molestar al paciente:  
le ayudamos solamente.....  
FACUNDO. A morirse: es natural.  
BUSTAM. Y con método y quietud

que uno pone de su parte;  
con higiene, que es el arte  
de conservar la salud,  
recorre el hombre el trayecto  
de la vida y de la edad,  
llegando á la ancianidad  
en un estado perfecto.

RICARDO. (No es torpe.) (A Facundo.)

FACUNDO. (¡Quita de ahí!)

ANGUST. Este doctor es muy ducho.  
Sabe mucho.

FACUNDO. Sí, ¿eh?

ANGUST. ¡Mucho!

BUSTAM. Usted, segun lo que oí, (A Facundo.)

es por demás caprichoso  
y huye de todo consejo;  
razon por la que es un viejo  
cacoquimio y pituitoso.

FACUNDO. ¿Cómo es eso? Cacoqui....

BUSTAM. Muy débil y muy gastado.

ANGUST. ¡Que es usted un desarreglado!

BUSTAM. Bueno: iyo le arreglaré!  
Le diré que tenga juicio,  
ya que á su salud me debo:  
y desde hoy le pondré un nuevo  
régimen alimenticio.

Le haré cambiar de costumbres:  
nada de salsas ni asados,  
ni de carnes, ni pescados,  
ni verduras, ni legumbres.

FACUNDO. ¿Conque nada de eso?

BUSTAM. Nada.

FACUNDO. Ni pescados, ni.... ¡corriente!  
¿Quiere usted que me alimente  
con harina lacteada?

BUSTAM. ¡Ja! ¡ja!

FACUNDO. ¡Querer arreglarme  
á mí!....

BUSTAM. ¡Gasta usted un humor!...:

RICARDO. Con su permiso, doctor,

yo ahora tengo que marcharme.  
—Cárlos, llama á tu mamá.  
CÁRLOS. Aquí viene con Cristina.

## ESCENA X

Dichos. MARÍA y CRISTINA que traen respectivamente una manta y una gorra de viaje.

MARÍA. Toma.  
CRISTINA. ¡Tome usted!  
BUSTAM. (¡Es divina!)  
RICARDO. El doctor Bustamante. (Presentándole.)  
LAS DOS. ¡Ah!  
RICARDO. Desde hoy hará sus visitas aquí.  
FACUNDO. (¡Que así nos obligue!....)  
MARÍA. (¡El nécio que me persigue!)  
CRISTINA. (¡El que me manda cartitas!)  
RICARDO. Tu madre está delicada y le ha mandado venir.  
MARÍA. Bien: mas te debo decir....  
RICARDO. Nó: no puedo escuchar nada. (Sacando el reloj.)  
¡Adios! ¡adios!  
FACUNDO. ¿Y Tonito?  
(Cristina habrá pasado al lado de Cárlos.)  
CRISTINA. Me hace el amor.  
CÁRLOS. Tú eres fiel.  
FACUNDO. No va á despedirse de él.  
(Váse segunda puerta izquierda.)  
RICARDO. Conque, Cárlos, te repito....  
ANGUST. ¡Jesús, señor, corre un viento!....  
Abrígate bien.  
(Levantando el cuello de la americana á Ricardo y procurando abrocharle y abrigarle.)  
MARÍA. Escucha.  
RICARDO. ¡Tengo mucha prisa, mucha!



BUSTAM. (Con audacia y con talento.....)

RICARDO. ¿Y el niño?

(Facundo sale trayendo al niño en brazos y medio desnudo. Todos se asustan. Angustias cierra todas las puertas. María le quita el niño y procura abrigarle.)

FACUNDO. ¡Aquí está!

TODOS. ¡Oh!

ANGUST. ¡Con este aire!....

CÁRLOS. ¡Adios, papá!

RICARDO. ¡Ahí se queda tu mamá!

(Yéndose y despidiéndose de todos.)

MARÍA. Justo: ¡aquí me quedo yo! (Con desaliento.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

GABINETE DE SEÑORA OCHAVADO.—CHIMENEA AL FONDO.—DOS PUERTAS EN EL FORO DERECHA É IZQUIERDA.—PUERTA LATERAL IZQUIERDA Y BALCON Á LA DERECHA.

### ESCENA PRIMERA.

FACUNDO y TONITO sentados en dos banquetitas.

FACUNDO. Ahora que estamos solitos  
y que nadie nos acecha,  
vamos á jugar un poco.  
¿Sabes á qué? A las meriendas.  
Y que este era el campo, ¿eh?  
y esta alfombra era la hierba,  
y esos sillones los árboles,  
y las fuentes esas mesas.  
Aguarda, aguarda un momento,  
ten un poco de paciencia  
mientras saco las viandas.

(Esforzándose para sacar un pañuelo que contiene lo que marca el diálogo.)

Vamos: ¿á que tú no aciertas  
lo que hay en este pañuelo?  
¡Altramuces y cerezas!  
¡Anda! ¡esto si que te gusta!  
¡Bribon! ¡y cómo te alegras!  
Ha ido el *abelo* á comprarlas  
sin que ninguno le vea.  
¡Ji! ¡ji! ¡ji! que me prohiban,

¡que me prohiban comerlas!  
Por eso mismo las cómo.  
Empiece el reparto: espera:  
extiende tu delantal.

(Tonito lo hace y Facundo va repartiendo y contando.)

Una, dos..... ¡que gordas es esa!  
¡Vale por tres! Cuatro, cinco.....  
¡Huy! ¡Que creo que alguien llega!  
¡Toma, toma dos puñados  
y para mí todas estas!

(Guardándose las muy apresuradamente.)

¡Cógelas bien, tápelas!  
¡Pícara coincidencia!  
—Vete al cuarto del *abelo*,  
y allí, detrás de la puerta,  
te las comes.—¿Qué importuno?...  
Vaya por Dios. ¡Mi consuegra!

(Reparando en Angustias. Facundo ha llevado al niño de la mano hasta la puerta de la derecha, por donde desaparece.)

## ESCENA II

FACUNDO, ANGUSTIAS.

FACUNDO. ¿Y Mariquita?

ANGUST. ¡Silencio,  
que los ruidos la molestan!

FACUNDO. ¿Pero no se le ha calmado  
esa pícara jaqueca?  
Con dos paños de vinagre  
está la cosa resuelta.

ANGUST. ¡Ojalá!

FACUNDO. ¡Pues ya lo creo!

ANGUST. ¡No diga usted esas simplezas!

FACUNDO. Mire usted, señora mía,  
si usted en su afán no cesa  
y vive sembrando alarmas  
que á todos nos amedrentan,  
va usted á conseguir que al cabo

- la ilusion realidad sea.
- ANGUST. ¡Jesús y cuántas chocheces!
- FACUNDO. ¡Usted es la que chochea!  
¿Quién sinó usted ha matado  
á su perrita faldera?
- ANGUST. ¡Calle usted! ¡Pobre Chichina!
- FACUNDO. ¡La verdad, la verdad seca!  
Se empeñó usted en decir  
que Chichina estaba enferma,  
y á fuerza de jaroparla  
y administrarla recetas,  
y abrigarla en su regazo  
y otras mil impertinencias,  
consiguió usted que una noche  
reventase y se muriera.
- ANGUST. ¡Don Facundo!
- FACUNDO. ¡Sí, señora!  
Y juro que á Maricuela  
no ha de pasarla lo mismo.
- ANGUST. ¿Es decir, que usted me niega  
lo que el doctor asegura?
- FACUNDO. No sabe lo que se pesca  
ese doctor: ¡es un necio  
ó es un pillete!
- ANGUST. ¡Qué lengua!
- FACUNDO. Por eso hace bien María  
en huir de su presencia  
y en mandarle en hora mala  
con su charla sempiterna.
- ANGUST. ¿Y qué consigue con eso?  
(Sin que ella misma lo advierta  
la doy yo las medicinas  
en vasos de agua disueltas.)
- FACUNDO. Que me venga á mí ese títere  
á prohibir que me abstenga  
de comer tal ó cual cosa:  
yo estoy sano y tengo fuerzas,  
y cómo lo que me *cumple*,  
como dicen en mi tierra.
- ANGUST. ¡Si estuviera aquí Ricardo!

- FACUNDO. Si aquí Ricardo estuviera.....  
(me ocultaría, como ahora,  
para evitarme quimeras.)
- ANGUST. ¡Siempre será usted un niño!
- FACUNDO. ¡Siempre será usted una vieja!
- ANGUST. ¡Silencio! Es claro, estas voces.....  
Otra vez está despierta.

(Escuchando y mirando á la izquierda.)

Voy, por si es que quiere agua.

### ESCENA III

FACUNDO.

¡Pues! ni un instante la deja.  
¿Cómo no ha de padecer  
— ¡cielo santo! — de jaqueca?  
Lo que tiene lo sé yo:  
la causa de su tristeza  
es Ricardo, y ha de oirme  
en el momento que venga.  
Él se marcha y la abandona  
y..... ¿Dónde están las cerezas?

(Buscándose el pañuelo donde las guardó y disponiéndose á comerlas.)

¡Ah! ¡Ya están aquí!....

CÁRLOS. (Entrando.) ¡Abuelito!....

FACUNDO. ¡Vamos! ¿A que no me dejan?

(Escondiendo nuevamente las cerezas.)

### ESCENA IV

Dicho: CÁRLOS.

CÁRLOS. ¿Pues y mi madre?

FACUNDO. ¡Malilla!

CÁRLOS. ¿Qué tiene?

FACUNDO. ¡Pchs! Nada, *spleen*.

Ni siquiera se ha acostado.

CÁRLOS. ¿Y qué dice el zascandil

- del doctor?
- FACUNDO. Si no la ha visto.
- CÁRLOS. ¡Bien hecho!
- FACUNDO. ¿Tambien á ti se te ha atravesado?
- CÁRLOS. ¡Vaya!  
Y que agradezca el muy ruin que yo confío en Cristina y sé que puedo vivir descansado.
- FACUNDO. ¿La enamora?  
(Asentimiento de Cárlos.)  
Lo dije en cuanto le ví:  
¡es un bribon!
- CÁRLOS. Pues que se ande con ojo.
- FACUNDO. ¡El chisgarabís!....  
Déjale por cuenta mía.  
¡Cómo se llegue á escurrir!....  
—¿Y Cristina?
- CÁRLOS. En sus quehaceres.
- FACUNDO. ¿Dónde vas?  
(Viendo que Cárlos se dispone á salir.)
- CÁRLOS. Hasta San Gil,  
á un repaso que tenemos....
- FACUNDO. ¿Quién, tú? ¡No me hagas reir!  
¡Yo cazo muy largo! ¿O piensas que he nacido en Pekin?
- CÁRLOS. ¡Ja! ¡ja! ¡Abuelito! ¡abuelito!  
(Abrazándole y queriendo echarlo á broma.)
- FACUNDO. ¡No, no, no vengas á mí!  
¡Eres un tarambanilla!  
Sí, señor; un galopin!  
¡Tu conducta es depravada,  
es infame!
- CÁRLOS. Pero si....
- FACUNDO. ¡Quita, que estoy enfadado!  
¡Vaya! ¡Voto á San Quintin!  
(Reparando en Cárlos que se ha sentado con cierto disgusto.)  
No te me pongas ya triste;  
no te enfades. Ven aquí,

(¡He estado con él muy fuerte!)

CÁRLOS. Uno se ha de divertir.....

FACUNDO. Tienes razon.

CÁRLOS. Uno es joven....

Y el que no corre en Abril.....

FACUNDO. Corre en Diciembre: está claro.

(Despues de todo, yo fui  
lo mismo.....)

CÁRLOS. ¡Si usted la viera!....

(Volviendo á adoptar un tono ligero y alegre.)

¡Tiene una cara..... un perfil!....

Ya hemos tenido dos *juergas*

con manzanilla y anís

y calamaritos fritos,

y pescados más de mil,

y un tocador de guitarra

que toca y canta, ¡hasta allí!

Aquello es la gloria, abuelo.

Si pudiera usted venir...

(En lo que sigue mucha vida y procurando acompañar la accion á la frase.)

—Figúrese usted un cuartito

pequeño, muy chiquitin.

y en el centro una gran mesa

que parece de marfil

por lo blanca, y alrededor,

al estilo del país,

—es decir, de Andalucía,

porque estamos en Madrid,—

grandes sillones de brazos

por si quiere usted dormir.

¡Ea! ya empieza la *juerga*,

porque ya acaba el festin,

y ya todos toman parte,

pues nadie está ocioso allí.

Éste bate palmas: otro

sus canciones deja oír,

y ¡qué canciones! picantes,

¡pero que llegan aquí!

El de allá llevá el compás

(Al corazon.)

con dos vasos; y el bullir  
se aumenta, y aquel jolgorio  
no llega nunca á su fin.  
De repente, una barbiana,  
de aire alegre y varonil,  
sobre la mesa se sube,  
y encendiendo un prajandí,  
y en una mano una copa,  
y el sombrero á la nariz,  
empieza á bailar de un modo  
que yo no sé describir.  
¡Qué movimiento de brazos!  
Y cuánto de acá y de aquí,  
y de agitarse y de erguirse  
con la gracia más sutil....  
¡Ole, por tu saludita!  
¡Vaya una jembra varil!  
¡Viva tu mare, y la bula,  
y el Darro, y el Zacatin,  
y la vela!..

- FACUNDO.                    Condenado,  
¡estete quieto!
- CÁRLOS.                    Y Boabdil,  
y la Bomba..... ¡Ay, abuelito,  
eso es gozar y es vivir!  
Y esta noche se repite  
la funcion... Yo soy así.
- FACUNDO.                Pues haces mal, porque temo,  
si lo llegan á inquirir  
Cristinilla y la Maruja...
- CÁRLOS.                    Me valgo de cierto ardid...  
Para evitar las sospechas,  
dejo un momento el festin,  
y vengo y cojo unos libros  
y al punto me vuelvo á ir.  
Como ese establecimiento  
se halla á un tiro de fusil  
de esta casa...
- FACUNDO.                    ¡Eres el diablo!  
(Yo le debiera reñir,



pero...)

CÁRLOS.

¡Que viene María!

(Mirando por la puerta de la izquierda.)

FACUNDO.

Pues cambiemos de cariz.

(Adoptando el mismo tono que en el acto primero.)

Y tenlo siempre presente  
y no alegues ignorancia:  
el trabajo, la constancia,  
la humildad y el ser prudente  
son dones que el cielo da  
y alcanzan el galardón!....

CÁRLOS.

(Que ha estado mirando.)

Suspenda usted el sermón  
porque nadie viene ya.

## ESCENA V

Dichos. CRISTINA por el foro. Se ha teñido el pelo y viene exageradamente rubia.

FACUNDO.

Pues ¡a vivir!

CÁRLOS.

¡A vivir!

FACUNDO.

Ven pronto, que el caso es grave.

CÁRLOS.

Sí, muy pronto; tengo llave.

¡Muchacha!

CRISTINA.

¿Vas á salir?

CÁRLOS.

¡Cómo!

FACUNDO.

¡Cristina!

(Sorprendidos.)

CÁRLOS.

¿Eres tú?

CRISTINA.

Yo misma, sí, ¿qué les choca?

FACUNDO.

Esta muchacha está loca  
ó la inspira Belcebú.

CÁRLOS.

¡Pero qué transformación!

FACUNDO.

Eso te roba belleza.

CÁRLOS.

Si parece tu cabeza  
un tarro de bermellón!

CRISTINA.

¿Es decir que te incomoda  
y verme así no te agrada?

FACUNDO.

Un vaso de leche helada  
con la canelita y todo.

- CÁRLOS. Ven aquí y no seas boba.  
(Procurando quitarla con el pañuelo los polvos y el colorete de la cara.)
- FACUNDO. ¡Digo! ¡Pues no te has pintado!  
¡A ver, á ver! Se ha estucado como si fuera una alcoba.
- CRISTINA. ¿Y estoy fea?
- CÁRLOS. No lo estás,  
pero...
- FACUNDO. ¡Dí que sí, hija mía!
- CRISTINA. ¡Ay Dios! ¡y yo que lo hacía por agradarte á tí más!  
Mal haya mi suerte, amen.  
¡Despues de cuidarme tanto!..  
¿No son las rubias tu encanto?  
Pues yo soy rubia tambien.
- CÁRLOS. ¡Hija, si esos son antojos!
- CRISTINA. Y yo, ¿por quién me desvelo?..  
¡Ojalá que como el pelo teñir pudiera mis ojos!  
En vano es que disimules;  
pues mil veces he notado que te quedas extasiado ante unos ojos azules:  
y esto es lo que me enajena y me hace dudar de tí.  
¿Por qué habré nacido así?  
¿por qué seré yo morena?
- CÁRLOS. Pero es posible que llores y esto te cause dolor?
- FACUNDO. ¿No te he dicho que el amor no distingue de colores?
- CÁRLOS. Por tí mi pecho se alegra de igual modo y se electriza, ya seas verde ó rojiza, ya seas de nieve ó negra; y aunque tu mente delire y otros te causen afán, siempre tus ojos serán espejo donde me mire;
- (Jimoteando.)

que así te adoro yo ciego  
y así mi ambición se llena:  
¡tras una cara morena  
se oculta un alma de fuego!

FACUNDO. ¡Claro! Las rubias son frías  
y quieren con parquedad.

CRISTINA. Buenó; pues si eso es verdad,  
no me mires estos días.

CÁRLOS. ¡No mirarte yo!

FACUNDO. (¡Tunante!)

CÁRLOS. ¡Cuando en tal llama me abraso!

—Mira, me voy al repaso

y volveré en el instante.

¡No te aflijas tú, mi cielo!

CRISTINA. ¡No me engañes!

CÁRLOS. ¡No, mi vida!

¡Vengo muy pronto: en seguida!

FACUNDO. (¡Hipócrita! ¡Bribonzuelo!) (A Cárlos.)

CÁRLOS. ¡Adios!

FACUNDO. ¡Menuda jarana!..

CÁRLOS. ¡Adios, venerable anciano!

¡Ja! ¡ja!

FACUNDO. Vuelva usted temprano.

CÁRLOS. Sí, muy temprano. (Mañana.) (Vase Cárlos foro.)

## ESCENA VI

FACUNDO, CRISTINA siguiendo á Cárlos con la vista.

FACUNDO. Dí, ¿y el doctor?

CRISTINA. Yo no sé.

FACUNDO. ¿No te dijo nada anoche?

CRISTINA. Como le dí la callada  
por respuesta...

FACUNDO. Avisame  
si te vuelve á importunar.

CRISTINA. Quizás de veras me ame.

FACUNDO. Nada de eso; es un infame,  
¡no le debes escuchar!

—¿Te sientas?.. (Viendo que lo hace y coge la labor.)

CRISTINA. Aquí me estoy,  
por si algo quiere de mí  
María. Coseré.

FACUNDO. ¿Sí?  
(Pues yo á otra parte me voy.  
Y correré veinte piezas  
hasta estar solo y sentado;  
quiero comer sosegado  
esta libra de cerezas.)  
Vaya, hasta luego, hija mía.  
(¡Ji! ¡ji! De vista me pierdo!  
¡Demonio! Ahora me acuerdo:  
¡si no cené todavía!  
La culpa es de ese petate  
de doctor: ¡me va á matar  
de hambre! ¡Mandarme cenar  
migas, leche y chocolate!  
¡Migas! ¡Chocolate! ¡Oh!  
¡Esto de rabia me llena!  
Migas, ¿eh? ¡Valiente cena  
para un hombre como yo!  
¡Pero yo me vengaré!  
¿Qué apeteces tú, Facundo?  
¿Qué deseas en el mundo?  
¿Qué deseas? Ya lo sé.  
En la taberna de al lado,  
puesto en el escaparate,  
hay bacalao con tomate,  
muy fritito y muy dorado.  
La chica me lo traerá  
al punto: llamo á Tonito  
y ¡ji! ¡ji!.. ¡Bacalao frito!  
¡Me estoy relamiendo ya!  
¡Válganme mis sutilezas  
para comer á mi gusto!  
¡Ji! ¡ji! ¡ji! Y de postre... ¡justo!  
me comeré las cerezas.  
¡Qué fruta tan delicada!

(Sacando algunas cerezas y comiéndoselas)

¡Si me viera lá doctora!..  
No ha de sucederme ahora  
lo que la otra vez pasada.  
Aunque tengan interés,  
ya no sabrán mis excesos.  
Ahora me trago los huesos  
y que averigüen despues.)

(Por Angustias.)

CRISTINA.

¿Dónde iría tan contento?  
De buen grado le siguiera,  
pero... ¿Si al menos pudiera  
encerrar su pensamiento?

## ESCENA VII

CRISTINA y BUSTAMANTE.

BUSTAM.

¿Si usted me da su permiso?

CRISTINA.

¡Cómo! ¿El doctor á estas horas?

BUSTAM.

El doctor, sí; sí, señora,  
que besa sus piés sumiso.  
Pero, ¡calle! ¡qué cambiada! (Reparando en ella.)  
¡Qué idea tan peregrina!  
Ni la aurora purpurina...

CRISTINA.

No, pues á mí no me agrada  
verme así... Avisaré...

(Dirigiéndose á la izquierda.)

BUSTAM.

No:

no moleste usted á la enferma.  
Quizá en este instante duerma,  
porque así lo quiero yo.

CRISTINA.

¿Eh?

BUSTAM.

¿Se alarma usted, Cristina?  
Dormir, siempre es conveniente;  
y además, para el paciente  
es la mejor medicina.  
—¿Qué es eso, huye usted de mí?  
No insistiré en su porfía;  
yo la ruego, amiga mía,  
que no se aleje de aquí.  
Aunque ardo en intensa llama,

á su fallo me sujeto,  
y nunca olvido el respeto  
que se merece una dama.  
Soy un pobre que va en pos  
de una alma tierna y clemente,  
y que pide humildemente  
¡una limosna por Dios!  
Si el transeunte al pasar  
me ve y me deja morir,  
¿qué he de hacer sinó sufrir?  
¿qué he de hacer sinó callar?

CRISTINA.

A eso le contestaré  
que tal accion cruel fuera,  
si el transeunte tuviera  
limosna que dar á usted.  
Mas como... acá *internos*,  
dió ya cuanto poseía,  
no puede otorgar hoy día  
esa limosna por Dios.

BUSTAM.

(Yo haré que aficion me cobres.  
Yo mataré tu desvío.)

CRISTINA.

¡Qué quiere usted, amigo mío,  
cada cual tiene sus pobres!...

BUSTAM.

¿Sus pobres?

(Con cierta intencion.)

CRISTINA.

En singular:  
no lo eche usted á mala parte.  
Amor que en dos se reparte  
no se debe así llamar.

BUSTAM.

Amor es exclusivista.

CRISTINA.

Si no, no hay dicha posible.

BUSTAM.

Es único.

CRISTINA.

Indivisible.

BUSTAM.

Absoluto.

CRISTINA.

Y egoista.

BUSTAM.

Pero egoista á su modo.

CRISTINA.

Sólo con la prenda amada.

BUSTAM.

Amor, nunca niega nada.

CRISTINA.

En cambio lo exige todo.

BUSTAM.

Nos ciega.

CRISTINA.

Y nos alucina.

- BUSTAM. Nos mata.  
CRISTINA. Y mata al traidor.  
Así lo siento, doctor.  
BUSTAM. Así lo siento, Cristina.  
Con temores.  
CRISTINA. Con desvelos.  
BUSTAM. ¡Siempre grande!  
CRISTINA. ¡Nunca ruin!  
BUSTAM. Amor con celos, en fin.  
CRISTINA. Es verdad: amor con celos.  
¿Quién sin ellos imagina  
el amor? ¿Quién no sospecha?  
BUSTAM. Cierto. (Apliquemos la mecha,  
pues cargada está la mina.)  
¿Me llamará usted cruel  
si afirmo, bajo mi honor,  
que su Carlos.....  
CRISTINA. Por favor,  
acabe usted.  
BUSTAM. Le es infiel?  
CRISTINA. ¿Que Carlos es desleal?  
¡Oh! ¡de pensarlo tan sólo,  
comprendo hasta el vitriolo,  
el veneno y el puñal!  
Si ya lo decía yo:  
me engaña con la vecina,  
¿no es verdad?  
BUSTAM. ¡Pobre Cristina!  
CRISTINA. ¡Infame! ¡Pérfido! ¡Oh!  
¡Me vengaré!  
BUSTAM. ¿Con venenos?  
¡No diga usted esas cosas!  
Hay venganzas más sabrosas  
y que comprometen ménos.  
Y si usted me cree.....  
CRISTINA. ¡Tuno!  
BUSTAM. Con mucha intencion y juicio.....  
No es que yo por mi servicio  
reclame pago ninguno;  
pero..... (¡ya cayó en el lazo!)

¿Es que duda usted de mí?  
Antes, cuando vine aquí,  
con una mujer del brazo  
le he visto yo mismo entrar  
en cierto establecimiento  
que hay al final de esta calle.

CRISTINA. ¿Y era hermosa?

BUSTAM. Y de buen talle.

CRISTINA. ¡Oh, Dios mio, qué tormento!  
¡De qué modo me ha mentido!

BUSTAM. No debe usted hacer gran caso.

CRISTINA. Al repaso, ¿eh? ¡Buen repaso  
está haciendo el fementido!  
¡Qué necia fui en no seguirle!  
¡Virgen mía! Si pudiera.....  
¡con qué placer allí fuera  
ahora para confundirle!  
¡Y yo, tonta, que creí!....  
¡No me lo perdono, no!

BUSTAM. ¡Doña Angustias viene!

CRISTINA. ¡Oh!

¡Que no me sorprenda así!

(Váse precipitadamente por el foro.)

## ESCENA VIII

BUSTAMANTE.

¡Bravo! ¡Muy bien! Esto es hecho:  
no puedo salir mejor.

Lo que me niega el amor  
me concederá el despecho.

¿Y la otra? Poco á poco.

Bustamante, vuelve en tí.

¡Qué hermosa es! ¡Esa sí  
que me tiene ciego y loco!

Cachaza y mala intencion,  
y esperemos que se ablande.

Si su virtud es tan grande,

¿por qué teme la ocasion?



## ESCENA IX

Dicho y ANGUSTIAS.

- ANGUST. Amigo mío, ¿es usté?  
¿No quiere tomar asiento?
- BUSTAM. Vengo tan solo un momento.....
- ANGUST. Gracias, mil gracias.—Lo sé:  
á enterarse del estado  
de María.
- BUSTAM. Sí, señora.
- ANGUST. Segun ella dice ahora,  
el dolor se le ha calmado.
- BUSTAM. ¡Vamos! Me juzgo dichoso  
por el triunfo conseguido.
- ANGUST. La medicina ha surtido  
un efecto prodigioso.
- BUSTAM. Solo eso á saber venía,  
y por lo tanto me voy.
- ANGUST. Por cierto que advertí hoy,  
mientras tanto que dormía.....  
¡No sé explicarme!.... una cosa.....  
(¡Lo que puede la aprension!)
- BUSTAM. Tiene una respiracion  
en extremo fatigosa.
- ANGUST. ¡Es claro!
- BUSTAM. ¿Y eso qué es?
- ANGUST. ¿Algun vaso contrahecho?
- BUSTAM. (¡Ja! ¡ja!)
- ANGUST. ¿Reside en el pecho  
su dolencia, verdad?
- BUSTAM. ¡Pues!  
Y me pone en gran apuro  
el no poder observarla  
y enterarme y *auscultarla*  
para obrar sobre seguro.
- ANGUST. ¡Mal haya su obcecacion!
- BUSTAM. Pues es preciso insistir,  
porque necesito oír

los ruidos del corazon.  
Quizá su mal no resida  
donde le estoy atacando.

ANGUST. (Que se ha quedado reflexiva.)

Doctor, si sigue callando,  
va á concluir con mi vida.  
Creo que viene.

BUSTAM. Marchemos  
entonces, que si me ve.....

ANGUST. Bien; pero espéreme usted  
en mi cuarto y hablaremos.

(Váse el doctor por el foro.)

## ESCENA X

Dicha y MARÍA que sale de su habitacion.

ANGUST. Aguarda un poco, hija mía.

¡Válgame la santa Cruz!

Bajaré un poco la luz.....

¡No, no salgas todavía! (Intentando cerrar.)

MARIA. ¿Y por qué me he de esperar?

¡Ay! deje usted esas puertas

como estaban: así, abiertas,

y el balcon de par en par.

ANGUST. ¡Dios mio! ¿Te has vuelto loca?

(Al ver la inquietud de María.)

Eso es tirar á matarte;

pero yo no he de dejarte,

porque á mí velar me toca

por tu salud..... ¿Qué te pasa?

¿qué tienes..... ó qué te da?...

¡Jesús!

MARIA. Mire usted, mamá,

que me marcho de esa casa.

¡Dale! ¡Deje usted siquiera

que respire! (Al ver que intenta cerrar.)

ANGUST. ¡Ay Virgen mía!

¿y si entra una pulmonía?

MARIA. ¡Que entre ó haga lo que quiera!

ANGUST. Pero ¿así estás ya?

MARIA. Así estoy:

llena de bilis; nerviosa,  
desesperada, furiosa,  
porque ya no sé quien soy.

ANGUST. Vamos, siéntate.

MARIA. ¡En seguida!

ANGUST. ¿Por qué no te has de sentar?

MARIA. Porque quiero así evitar  
quedarme otra vez dormida.

ANGUST. ¡Mejor!

MARIA. Me está sucediendo  
lo que nunca: ¡esto es atroz!

ANGUST. Bueno, bien: ¡no alces la voz!

MARIA. Paso la vida durmiendo:  
¡qué estado más angustioso!

ANGUST. Ya se conoce en tu cara,

MARIA. ¡Y si al ménos descansara!....

¡Pero duermo y no reposo!

Voy á ponerme al balcon.

Necesito despejarme,  
y moverme, y pasearme.

(Intenta hacerlo pero la debilidad no se lo permite y se sienta  
junto al balcon.)

¡Ay!

ANGUST. Qué, ¿sientes opresion?

MARIA. No, señora; esto reanima. (Por el aire.)

¡Dios quiera que me desvele!

ANGUST. ¡Qué frío! Aunque yo me hiele....

(Se quita el manton ó abrigo que lleve y se lo pone á su hija.)

MARIA. ¡Quíteme usted eso de encima!

¡Pues, señor, no puede ser!

(Se levanta y toca un timbre.)

ANGUST. Dormida podría oír  
el doctor.

MARIA. Voy á salir.

ANGUST. ¡Pero á estas horas, mujer!

MARIA. No es tarde; las nueve y media:  
voy al teatro, á la calle,  
al café, á casa de Valle,

á cualquier sitio..... Me asedia  
el sueño, y juro que ya  
no ha de subyugar mi vida.

ANGUST.

Pero.....

MARIA.

¡Que estoy decidida!

Carlos me acompañará.

ANGUST.

Repara que si te ven.....

(Se presenta la criada.)

MARIA.

¿El señorito?

CRIADA.

Ha salido.

MARIA.

Bien, sí. ¿Pero no ha venido?

CRIADA.

No, señora.

MARIA.

Hace muy bien.

(A una señal suya se retira la criada.)

¡Por más que le he predicado,

ni un momento pára aquí!

¡Cómo se burla de mí!

¡Cómo abusa de mi estado!

ANGUST.

Ni á tí ni á nadie respeta.....

MARIA.

Y me tengo que callar,

viendo en mi casa reinar

la anarquía más completa.

—¿Han acostado á Tonito?

ANGUST.

De ese yo soy responsable:

ya le acosté. (Lo probable

es que esté con su abuelito.)

A tu esposo debes esto.

MARÍA.

Es verdad.

ANGUST.

Si aquí estuviera,

otra la conducta fuera

de su hijo.

MARIA.

Por supuesto.

Su afecto hácia mí pregona

y me ama con frenesí,

pero se aleja de mí

y á mi pesar me abandona.

Cierto que estoy con usted

y hallo en su padre cariño.

Mas su padre es casi un niño

y usted, mamá.....

ANGUST.

Vamos, ¿qué?

¿No te ama de corazón  
tu madre, y en tí adora?

MARIA. Me quiere usted, sí, señora;  
pero saco en conclusion  
que por bien diversos modos  
yo sola me apeno y lucho,  
pues todos me quieren mucho  
y me están matando todos.

ANGUST. Vamos, hija, cálmate.

MARIA. ¿Qué hacerle? Tendré paciencia.

ANGUST. ¿Leo *La Correspondencia*?

MARIA. ¡No, por Dios; no lea usted!  
Voy á escribir á Ricardo.  
¡Dios mío! ¿Cuándo vendrá?  
No lo sé. Dos días há  
que respuesta suya aguardo.

ANGUST. (¡Qué fastidio! ¡No se duerme!)

MARIA. Le pondré frases muy tiernas.  
¡Quería andar, y las piernas  
se niegan á sostenerme!

(Al sentarse y ponerse á escribir en un velador exclama.)

¡Ay! — «Ven pronto: tengo empeño.  
Mira que no soy dichosa  
sinó á tu lado, y que ansiosa.....»  
— ¡Ay! ¡Mal haya sea el sueño!

(Luchando por no quedarse dormida.)

«¿Es que no me quieres?» — ¡Oh!

¡Imposible!.... — «¡Ven, impío!»

¡Ricardo! ¡Ricardo mío!....

¡Ah!

(Queda dormida.)

ANGUST. Al cabo se durmió.

¡No hay que perder un instante! (Vase foro.)

## ESCENA XI

MARÍA dormida. FACUNDO que viene por la derecha con un plato de bacalao.

FACUNDO. Pues, señor, estoy lucido;  
toda la casa he corrido  
sin poder..... No hay quien aguante.....

Vengo huyendo de Cristina,  
y huyendo de mi consuegra.....  
¡Eh, demonio! Esta es más negra.  
¿A que vuelvo á la cocina?  
Creo que duerme; sí, sí.  
¡Qué idea! En un rinconcito  
voy á hacer un castillito,  
y acurrucado..... ¡ji! ¡ji!  
al fin lo voy á comer.

## ESCENA XII

Dichos. El doctor y ANGUSTIAS sin pasar de la puerta del foro.  
Vienen con mucho sigilo.

ANGUST. ¡Despacito, por favor!  
Mucho cuidado, doctor,  
no lo echemos á perder.

BUSTAM. ¡Diantre! (Registrándose los bolsillos.)

ANGUST. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

BUSTAM. Que no vine preparado  
para esto, y me he dejado  
el estetoscopio en casa.  
¿Hay una persona fiel  
á quien mandar?

ANGUST. Sí, á Teresa.

BUSTAM. Le tengo sobre mi mesa.  
Que no se venga sin él. (Váse Angustias.)

## ESCENA XIII

MARIA, FACUNDO y BUSTAMANTE.

BUSTAM. ¿Qué dudo? ¡Resolucion!  
yo ya no cedo! ¡Adelante!  
¡Qué hermosa y qué interesante!

FACUNDO. (Sacando la cabeza por entre las sillas.)  
(¿Quién anda ahí? ¡Ah, bribon!)

BUSTAM. A su lado al fin me veo  
y á solas estoy aquí.

- FACUNDO. (Eso de á solas.....) (Empieza á salir.)  
BUSTAM. ¡Así.....  
así la soñó el deseo!  
¿Eh? ¡Por lo visto escribía!.....  
¡y aquí se lee mi nombre!.....  
(Reparando en la carta que Maria había empezado á escribir y cogiéndola.)
- FACUNDO. (¿Pero qué intenta ese hombre?)  
BUSTAM. ¡Ah, qué idea! ¡Como mía!  
Es para su esposo..... ¡Oh!  
¿Quién sabe si este papel? (Guardándole.)  
Ricardo se llama él.....  
Ricardo me llamo yo.
- FACUNDO. (Pero, señor, ¡yo deliro!.....)  
BUSTAM. Desde hoy á mi está sujeta.  
FACUNDO. (Si tuviera mi escopeta  
le descerrajaba un tiro!)  
BUSTAM. El albur está ganado.  
¿Por qué me encuentro convulso?  
A ver cómo está de pulso.  
(Al intentar cogerla la mano Facundo, que ha venido avanzando poco á poco, le agarra fuertemente por el brazo y dice á media voz.)
- FACUNDO. ¡Cañalla! ¡infame! ¡malvado!  
BUSTAM. Pero..... (Sumamente sorprendido.)  
FACUNDO. ¡Silencio! ¡Ni un grito!  
BUSTAM. Oigame usted: oiga en calma,  
FACUNDO. Voy á romperle á usted el alma,  
¡miserable!  
BUSTAM. (¡Azar maldito!)  
FACUNDO. ¡Entrégueme usted el papel  
que de esa mesa ha robado!  
BUSTAM. Yo, no.....  
FACUNDO. Al punto, de contado,  
que voy á mandarle en él  
una bala.
- BUSTAM. ¡Don Facundo!  
FACUNDO. ¡Que no me alze usted la voz!  
BUSTAM. Tome usted. (¡Está feroz!)  
(Entregando el papel á Facundo que éste hace añicos arrojándolo á los piés del doctor.)

FACUNDO. ¡Villanuelo! ¡Bicho inmundo!

BUSTAM. No permito que me arguya de tal manera. (Estos viejos.....)

FACUNDO. Venga usted aquí, más lejos. ¿Qué intención era la suya?

BUSTAM. Vine, porque se me dijo.....

FACUNDO. ¡Es mentira! A sorprender á ese ángel, á esta mujer, y á deshorrar á mi hijo! ¡Esta mansión es honrada y aquí la maldad no impera! ¡Fuera de aquí!

BUSTAM. Pero.....

FACUNDÓ. ¡Fuera!!

(Arrojándole y en el colmo de la ira. María despierta á las voces y dice asustada.)

MARIA. ¿Eh? ¿Qué es eso?

FACUNDO. ¡Nada, nada!.....

(Transición completa, en la que Facundo procura reír y disimular para que María no se entere.)

Este doctor, que..... ¡ji! ¡ji!  
es más bromista.....

BUSTAM. ¡Je! ¡je! (Esforzándose.)

FACUNDO. (¡Salga usted al punto!)

MARIA. ¿Y por qué se halla este señor aquí?

BUSTAM. Señora.....

FACUNDO. Calma tu afán.

Es que yo le despedía al doctor, y le decía: ¡afuera!..... le alumbrarán. ¿No es eso?

MARIA. Me engaña usted.

FACUNDO. ¡Abur! (Oprimiendo fuertemente la mano al doctor.)

BUSTAM. (¡Me está triturando!)

FACUNDO. ¡Ji! ¡ji! ¡ji! (¡A la calle! andando!)  
(Echándole á empellones.)

BUSTAM. Juro.....

FACUNDO. (¡Yo te buscaré!) (Vase el doctor.)



## ESCENA FINAL

MARÍA, FACUNDO y después CRISTINA, ANGUSTIAS, CARLOS y la criada.

MARIA. Hable usted pronto, papá.....  
¿Qué pasa?

FACUNDO. No tengas miedo.  
Es que..... ¡Ay, Dios! ¡Ay! ¡No puedo!

(Estúdiase esto. Los esfuerzos y la indigestion que le acomete no le dejan hablar.)

¡Yo me muero!

MARIA. ¿Qué le dá?

Claro: ¡la sofocación!

FACUNDO. Nada, no esté intransquila.

MARIA. ¿Cómo nó?

FACUNDO. ¡Un poco de tila!.....

(Se ha dejado caer en un sillón. Procúrese que los movimientos y ademanes no sean exagerados ni cómicos.)

MARIA. ¿Pero es una indigestión?

¿Ha hecho usted algun disparate?

FACUNDO. No me riñas. Si así empiezas. (Por el cólico.)

MARIA. ¿Qué ha comido usted?.....

FACUNDO. Cerezas.....

y bacalao con tomate!

(Suenan dentro voces de riña.)

MARIA. ¿Eh? ¡Qué voces!

CRISTINA. (Aparece al foro.) ¡Corra usted!

MARIA. ¿Qué pasa?

CARLOS. (Dentro.) ¡So mamarracho!

CRISTINA. ¡Viene borracho! ¡borracho!

MARIA. ¡Un poco de tila! ¡Thé!

CRISTINA. ¡Está en la sala riñendo  
con el médico!

(Yéndose á buscar lo que le han pedido.)

MARIA. ¿Sí? ¡Oh! (Queriendo salir.)

ANGUST. (Por la izquierda muy agitada.)

¡Ay! ¿Qué te decía yo?

¡Tonito se está muriendo!

(María quiere correr, pero no puede y cae desfallecida en una butaca.)

MARIA. ¡Jesús!!

ANGUST. ¡Si yo lo sabía!.....

¡Le he quitado una cereza!

MARIA. ¡Ay! ¡Se parte mi cabeza!

¡No puedo más!

ANGUST. ¡Hija mía! (Corriendo á socorrerla.)

¡Toma, abrigate!

CRISTINA. ¡Traidor!

ANGUST. ¡Agua!

MARIA. ¡Me ahogo!

FACUNDO. ¡Tonito!

CÁRLOS. ¡Ay! ¡Tambien el abuelito!

(Al verle medio por el suelo.)

Ya he reventado al doctor.

(CUADRO.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

---

# ACTO TERCERO

---

LA MISMA DECORACION DEL PRIMERO.

## ESCENA PRIMERA

ANGUSTIAS sentada en la primera puerta izquierda.—FACUNDO que viene por la derecha.

ANGUST. ¿Dónde va usted? No se puede pasar; está prohibida la entrada.

FACUNDO. Si es un instante nada más: hace dos días que no me miro en sus ojos.

ANGUST. Hoy ha dado orden mi hija de que nadie aquí penetre.

FACUNDO. Y ¿cómo está? ¿No se alivia? ¡Pobre hijito de mi alma! ¿Ha cedido la fatiga?

ANGUST. “Después de vendimias cestos,” como dicen en Castilla.

FACUNDO. Yo quiero verle.

ANGUST. Imposible.

FACUNDO. Le besaré, y en seguida me salgo.

ANGUST. ¡No pasa usted!

FACUNDO. ¡Esto es una tiranía! Quiero verle.

ANGUST. ¡Testarudo!

(Oponiéndose.)

## ESCENA II

Dichos y MARIA.

- MARIA. ¿Qué sucede? ¡No haya riña!
- FACUNDO. ¿Cómo está el niño?
- MARIA. Ahora duerme.
- FACUNDO. Pues déjame ir de puntillas..... (Intentándolo.)
- MARIA. No, ¡por Dios! luégo, más tarde.....  
Quizá le despertaría  
usted sin querer.....
- FACUNDO. ¡Paciencia!  
Mas dime: ¿está ya vencida  
su enfermedad?
- MARIA. Eso cree  
el doctor que le visita.  
—Un doctor que yo he buscado,  
y cuya ciencia me inspira  
absoluta confianza.
- FACUNDO. (¡Chúpate esa!) (Por Angustias.)
- ANGUST. (¡Eso es! Encima!  
me hacen cargos!)
- MARIA. Nuestro niño,  
hoy por hoy, ya no peligra  
y está fuera de cuidado.  
(Con mucha intención á Facundo.)  
Mas la causa primitiva  
de su enfermedad, que ha puesto  
en grave riesgo su vida,  
ha sido una intemperancia  
general en las comidas.
- FACUNDO. (¡Adios! ¡Esto va conmigo!)  
Perdóname; pero, mira,  
que el pobrecito no pague  
culpas que sólo son mías.
- ANGUST. (¡Qué hipócrita es este viejo!)
- MARIA. Si lo que he dicho no quita.....  
redoblaré mis cuidados,  
viviré más prevenida,

y espero que en adelante  
el caso no se repita:  
¿no es verdad?

FACUNDO. (Besándola.) ¡Bendita seas!

ANGUST. Sí, sí; ¡bien te catequiza!  
Como yo fuera la madre  
del niño.....

FACUNDO. No le querría.

MARÍA. ¿Qué hora es?

FACUNDO. Las nueve y media;  
pero no estés intranquila,  
quizá venga retrasado  
el tren.

MARÍA. ¡Cómo! ¿usted sabía?.....

FACUNDO. Sé que han puesto un telegrama  
á tu marido, y se explica.....  
Él hace aquí mucha falta.....  
Tambien yo, de parte mía,  
le he mandado otro diciéndole  
que se venga á toda prisa.

ANGUST. (¿Cómo no vendrá Ricardo?  
En mi parte le decía  
que no perdiera un instante!)

FACUNDO. ¡Ah! Y escucha, Mariquilla:  
no vuelvas á beber agua,  
como no sea cogida  
por tí de la misma fuente.  
Tu madre.....

MARÍA. Si lo sabía.....

Estoy al cabo de todo:  
me lo ha contado ella misma.  
Por consejo del doctor  
me ha estado dando morfina  
y acónito..... ¿Qué he de hacerle?  
Sólo el cariño la guía.

FACUNDO. ¿Y Cárlos?

MARÍA. Según me dijo,  
hoy creo que se examina.  
¡Dios quiera que salga bien!

FACUNDO. ¡Vaya!

- MARÍA. En estos días  
no ha abierto un libro.
- FACUNDO. Él no es torpe  
y saldrá airoso, descuida.  
(Angustias que ha estado oyendo en la puerta de la habitación  
en que se supone está el niño.)
- ANGUST. Se ha despertado.
- MARÍA. Pues voy  
á darle la medicina.  
¡Ah! Si Ricardo viniera.....
- FACUNDO. Te avisaré.
- ANGUST. ¡Pobrecita!  
¡Qué resignada aparece  
y cómo se sacrifica  
por todos! Lleva en su pecho  
un gusanillo, una víbora,  
que corroe sus entrañas  
y cruel la martiriza;  
y, sin embargo, ¡Dios mío,  
ni se queja ni áun suspira!

### ESCENA III

Dichos.—RICARDO con tres telégramas en la mano y algunos objetos de viaje.  
Muy azorado.

- RICARDO. ¡Padre!
- LOS DOS. ¡Ricardo!
- RICARDO. ¡Mamá!
- FACUNDO. Vino al fin; yo bien sabía...
- RICARDO. ¡Pronto! ¿Y mi hijo? ¿Y María?  
¿Cómo sigue? ¿Donde está?
- FACUNDO. Despacio, no te sulfures:  
el niño ya nada tiene.
- RICARDO. Pero bien, ¿por qué no viene?
- FACUNDO. Calma, calma; no te apures.
- RICARDO. Según se me dice aquí...  
«¡María se muere!...»
- FACUNDO. ¡Oh!  
¿Quién ha dicho eso?

- ANGUST. Yo.
- FACUNDO. No hagas caso, óyeme á mí.  
María está sana y buena;  
sana y buena, lo repito:  
ahora cuida de Tonito,  
que duerme: no pases pena.
- RICARDO. Entonces, ¿por qué razón  
me dice usted: «¡ven al punto!»
- FACUNDO. Porque... Ya ese es otro asunto;  
esa ya es otra cuestión.
- RICARDO. ¡Por la Virgen, hable usted!  
¡Qué calmas tan espantosas!
- FACUNDO. Aquí han sucedido cosas...
- RICARDO. Sepamos.
- ANGUST. Yo lo diré.
- RICARDO. Pues pronto y claro ó emigro.
- FACUNDO. (Y todavía osará...)
- ANGUST. Mi hija, caballero, está  
en inminente peligro.
- FACUNDO. ¡Afirma usted un disparate!  
Silencio, que á mí me toca.  
¡Esta señora está loca,  
pero loca de remate!  
Por tener tanta aprensión  
y tan escaso talento,  
ha servido de instrumento  
á un miserable, á un bribón  
que trajo á este santo hogar  
alevosas intenciones.
- RICARDO. Fué acaso...
- FACUNDO. Sí, el que supones.
- RICARDO. ¡El doctor! ¡Le he de matar!
- FACUNDO. Es inútil; le he buscado  
y hasta de su casa huyó.  
Mas no te apures, salió  
de aquí ya bien trasquilado.  
Aún tu padre no se ha muerto  
y por tí al sol retaría.  
Mientras tu esposa dormía  
estaba yo bien despierto.

- RICARDO. ¿Conque se atrevió á intentar acción tan torpe y traidora?  
¿Está usted oyendo, señora, á lo que ha dado lugar?
- ANGUST. ¡Pero si son invenciones todas de este buen señor!  
¡Si estoy cierta que el doctor no trajo esas intenciones!  
No niego que en apariencia... Mas tal infamia no cabe en él.
- FACUNDO. ¡Vaya!
- ANGUST. ¿Usted no sabe que hay mártires de la ciencia? Para calmar su dolor y enterarse de su estado, quizá el hombre haya intentado decirle frases de amor...
- RICARDO. ¡Me pone fuera de mí!
- ANGUST. Yo no aplaudo tal exceso; pero al fin y al cabo, eso es un sacrificio.
- RICARDO. ¿Sí?
- ANGUST. Es llevar al heroísmo su deber y aun más allá.  
¡Cuántos médicos habrá que tendrán que hacer lo mismo!
- FACUNDO. Nó, déjala, no la arguyas.
- RICARDO. Pero...
- FACUNDO. Haces mal si te exaltas.  
*(Calmando á su hijo que está furioso.)*
- ANGUST. Ya que ha dicho usted mis faltas, ¿por qué no cuenta las tuyas?
- FACUNDO. ¡Si pudiera enmudecerte!.....  
*(La hace señas á Angustias de que calle.)*
- ANGUST. ¡No, señor; no callaré!  
¿Por quién sinó por usted Tonito ha estado á la muerte?
- RICARDO. Y yo me estoy aquí oyendo...  
*(Quiere penetrar en la habitación de la izquierda. Los dos le detienen.)*



- ANGUST. No: si ya está bien. Espera.
- RICARDO. ¿Luego su enfermedad era?...
- ANGUST. ¡Un colicazo tremendo!
- RICARDO. ¡Padre, ya esto es inaudito!
- FACUNDO. (La vieja Matusalen!...)
- ANGUST. Le atracó de fruta bien  
su cariñoso abuelito,  
y, es claro; lo dije ya:  
lo había pronosticado.  
¡El pobre angelito ha estado  
que por poco se nos va!
- RICARDO. ¡Basta, basta! Desde hoy  
pondré á estos desmanes tasa!  
¡Yo pondré en órden mi casa  
ó dejo de ser quien soy!  
Usted, padre, ó tiene juicio  
y se trata de enmendar,  
ó yo, bien á mi pesar,  
le impondré á usted un sacrificio  
que hará mi pecho pedazos,  
pues causo su padecer;  
mas no vuelve usted á coger  
al hijo mío en sus brazos.
- FACUNDO. ¡Robarme así mi alegría!  
— ¡Si todo fué una bicoca!
- RICARDO. ¡Esto por lo que á usted toca!  
Porque usted, señora mía...
- ANGUST. Yo nada quiero saber,  
puesto que me he de marchar:  
no me atrevo á presenciar  
lo que aquí va á suceder.  
María muere del pecho;  
mas ya nada he de decir,  
y ántes de verla morir...
- RICARDO. Conste que yo no la echo:  
iconste que yo nada gano!
- ANGUST. No, no tienes que apurarte.  
Me iré á vivir á otra parte,  
á Sigüenza, con mi hermano.  
Aquel siempre me ha querido

y no le robo la calma.  
¡Pobrecita de mi alma,  
qué desgraciada has nacido!

(Váse llorando por la izquierda.)

## ESCENA IV

FACUNDO y RICARDO.

FACUNDO. Oye: ya que de ese modo  
te entregas á Belcebú,  
debo decirte que tú  
tienes la culpa de todo.  
Si tú, como es tu deber,  
de la casa no te fueras  
y solícito estuvieras  
al lado de tu mujer;  
aun cuando te haga sufrir  
yo debo muy claro hablarte:  
por eso te he puesto el parte  
y te he mandado venir.

RICARDO. ¡Ah! ¿Conque yo?

FACUNDO. Sí, y medita  
con mesura mi consejo.  
Tú pronto serás un viejo:  
ella es jóven y bonita,  
y aunque honrada, si otro jóven  
se interpone en la contienda.....  
Quien abandona su hacienda  
no extraña que se la roben.  
Sé más cuerdo en adelante  
y el fruto recogerás;  
y adios: y no digo más,  
porque ya he dicho bastante.  
Yo quiero ahorrarte desvelos,  
hoy que el mal remedio tiene.  
(A éstos así, les conviene  
una tomita de celos.)

(Váse derecha.)

## ESCENA V

RICARDO.—MARIA.

RICARDO. ¡Padre, padre! ¡Por favor!  
No: ¡perdona, esposa mía!  
Iba á pensar mal... ¡María!  
(Viéndola venir y saliendo á su encuentro para abrazarla.)  
¿Y nuestro hijo?

MARIA. Mejor.

RICARDO. ¡A juzgar por tu semblante  
tu madre ha perdido el seso!  
(Fijándose bien en ella.)

—Voy á dar al niño un beso  
y soy contigo al instante.

(Entra y vuelve á salir.)

MARIA. No se vaya á despertar:  
despacito, con cuidado.  
(Desde la puerta mientras Ricardo está dentro.)

RICARDO. Ea, siéntate á mi lado,  
porque tenemos que hablar.  
Contesta á lo que te digo  
sin reticencia ninguna.  
Una pregunta, solo una.  
¿Eres tú feliz conmigo?  
A solas contigo estoy:  
háblame con claridad  
y ante todo, con verdad.  
¿Eres feliz?

MARIA. No lo soy.

RICARDO. ¡Oh!

MARIA. Ni te acuso de ingrato  
ni hacerte cargos pretendo;  
y si hablo, es obedeciendo  
solamente á tu mandato.  
Tú has querido interrogarme  
y acato tu voluntad...  
Yo no tengo, en realidad,  
motivos para quejarme.

¿Tú me has ofendido? No.

¿Tú me consideras? Sí.

Pues bien: ¿qué me falta á mí?

RICARDO. Eso es lo que digo yo.

—Habla, que en deseos ardo.

MARIA. Si me riñes...

RICARDO. No te riño.

¿Qué te falta?

MARIA. Tu cariño.

RICARDO. ¡Mi cariño!

MARIA. Sí, Ricardo.

Aunque esto daño te hace,  
he de decírtelo todo.

Tú me quieres, mas de un modo  
que á mí no me satisface.

Quizá otra mujer cualquiera  
fuese con tu amor dichosa:  
mas ¡qué remedio! tu esposa  
le siente de otra manera.

Los dos amor nos brindamos,  
pero no amor de igual clase,  
puesto que los dos, en base  
distinta le sustentamos.

Tu amor te roba la calma  
y es al mío diferente:

uno reside en la frente,  
otro reside en el alma.

Tú me das la vida á mí,  
mas de mí no la recibes;

por eso tú sin mí vives  
y yo no vivo sin tí.

Si el amor crece al calor  
que le presta el sér querido,  
¿no ves, infeliz marido,  
que padeces un error?

Si con ese afan constante  
que te consume y altera,  
no me dedicas siquiera  
un minuto, un solo instante;  
y aunque tu nombre venero

y en tu lealtad me fío,  
no puedo, Ricardo mío,  
decirte á solas: «¡te quiero!»  
Y así paso mi existencia,  
y así muero de dolor;  
pedirte un poco de amor  
¿es demasiada exigencia?  
¿Soy yo acaso ó nunca he sido  
de esas mujeres dengosas  
que, á fuerza de empalagosas,  
hastían á su marido?  
¿Pretendo con fuertes lazos  
tu carrera detener?  
¿Quiero tu vida absorber  
y ahogarla con mis brazos?  
No, por Dios; de ningun modo:  
yo no pido eso de tí;  
pero dame un poco á mí  
y no des al mundo todo;  
que de esa suerte verás  
mis ojos siempre serenos:  
dame, en fin, de oro algo ménos,  
y de cariño algo más.  
Ni quíero inferirte agravios,  
ni en mi amor existe dolo:  
por obedecerte solo  
he desplegado mis lábios.  
Si mi franca ingenuidad  
te ha molestado y herido.  
perdona, tú lo has querido.

RICARDO. Mía es la culpa, es verdad:  
mía es, que ciego te adoro  
y por tí tengo ambicion.

MARIA. Esa es tu equivocacion.  
¡La dicha no está en el oro!  
De eso quiero convencerte.

RICARDO. Y como engañado estoy  
y el amor que yo te doy  
no puede satisfacerte...  
¿Quién sabe si otro amor fijo

en tu memoria...  
MARIA. (Indignada.) ¡Ricardo!  
RICARDO. ¡Espera, aguarda!  
MARIA. ¡No aguardo!  
¡Está llorando mi hijo! (Vase por la izquierda.)

## ESCENA VI

RICARDO. FACUNDO.

RICARDO. ¡Que yo te quiero tan poco!  
¡Ingrata, y qué daño me haces!  
FACUNDO. ¿Habeis hecho ya la paces?  
RICARDO. ¡Déjeme usted, que estoy loco!  
(Vase por la derecha.)

## ESCENA VII

FACUNDO. CARLOS.

FACUNDO. ¡Ji! ¡ji! ¡Le he puesto en un brete!  
Ya en mil temores se agita.  
Por lo visto la tomita  
surtió efecto.—¡Hola, pillete!  
(Reparando en Cárlos que viene cabizbajo.)  
¿Qué es eso? ¿Te han reprobado?  
CÁRLOS. ¡Calle usted! (Temeroso de que le oigan.)  
FACUNDO. ¡Virgen María!  
CÁRLOS. El caso es que yo sabía  
la leccion que me ha tocado;  
mas...  
FACUNDO. ¿Quién á tu padre aguanta?  
¡Y que ya ha venido!  
CÁRLOS. ¡Oh!  
FACUNDO. ¡Por vida!  
CÁRLOS. Se me formó  
un gran nudo en la garganta,  
y me miraba tan fijo  
el profesor...  
FACUNDO. Vamos, ¿qué?

CÁRLOS. Pues nada, ¡que me corté!  
FACUNDO. ¿Y te has hecho sangre, hijo? (Muy alarmado.)

CÁRLOS. No, señor.

FACUNDO. Pues sin reparo  
cuéntame á mí la verdad.

CÁRLOS. Es que me dió cortedad...

FACUNDO. Vergüenza, ¿no es eso?

CÁRLOS. ¡Claro!

FACUNDO. Pues que el dolor no te vena  
en tan terrible derrota.

Tú has sacado mala nota  
por tener mucha vergüenza.

CÁRLOS. ¡Búrlese usted encima! ¡Oh!

FACUNDO. ¡Quita! ¡Perdon no mereces!

¿Qué te he dicho yo mil veces?

¿Qué te he predicado yo?..

El estudio, la constancia,

la aplicacion... ¡No te rías!

¡Y tú al abuelo le oías

con insolente arrogancia!

CÁRLOS. ¿Ni usted me ha de perdonar?

¡Eso me faltaba, abuelo!

Si en usted no hallo consuelo,

¿en quién le voy á buscar?

¿En mi padre? ¡Dios clemente!

¡Bonito genio es el suyo!

¡Primero de casa huyo

que mirarle frente á frente!

Yo comprendo que le abona

la razon: mi falta es grave;

mas mi padre, usted lo sabe,

ni se ablanda ni perdona.

Y ántes que ruda batalla

conmigo quiera librar,

¡me mato!

FACUNDO. ¿Quieres callar?

CÁRLOS. ¡Que me mato!

FACUNDO. (Muy asustado.) ¡Calla, calla!

¡No digas tal cosa, impío!

Te saca fuera de tí

el dolor. ¡Ven, ven aquí,  
no pienses eso, hijo mío!  
Ten calma: estás á mi lado.  
Modera tu insensatez.

(Estrechándole.)

¡Todo el mundo alguna vez  
ha salido reprobado!

CÁRLOS. ¡Mi padre viene! ¡Gran Dios!

FACUNDO. ¡Serenidad!

CÁRLOS. ¡No, no puedo!

(Queriendo irse.)

FACUNDO. No tiembles, no tengas miedo.  
que yo hablaré por los dos.

## ESCENA VIII

Dichos. RICARDO.

RICARDO. ¡Hola! ¿aquí estás ya?

CÁRLOS. (¡Yo sudo!)

RICARDO. ¿No era hoy tu exámen? ¡Contesta!

¿O no merece respuesta  
tu padre?—Pero ¿eres mudo?  
¿Te has examinado?

CÁRLOS. No.

FACUNDO. Sí.

RICARDO. ¿Si? Pues bien: ¿qué ha pasado?

FACUNDO. Pues que nos han reprobado.

RICARDO. ¿Que te han reprobado? ¡Oh!

¡Vete, vete! ¡Huye de aquí!

¡Que no te vea! ¡Ahora mismo!

¿Cómo tienes el cinismo  
de presentarte ante mí?

¡Vete, que me desespero  
y la cólera me ciega!

¡Así conmigo se juega!  
¡Malgastar un año entero!..

¿Así premias mis afanes,  
hijo ingrato? ¡Por quien soy!

¡Mas no importa! ¡Desde hoy  
vivirás de lo que ganes!

¡Yo te enseñaré á apreciarlo,



aunque te haga padecer!  
Desde hoy, si quieres comer,  
¡te juro que has de ganarlo!

FACUNDO.

¡Ricardo!

RICARDO.

¡Sí, señor, sí!

¡Vete, ó no respondo!..

FACUNDO.

¡Anda!

Haz lo que tu padre manda.

CÁRLOS.

Pero...

(Váse.)

FACUNDO.

Yo me quedo aquí.

## ESCENA IX

FACUNDO. RICARDO.

FACUNDO.

(Aunque el alma me taladre  
yo sus humos bajaré.)

Siéntate: siéntese usted,  
que se lo manda su padre.

¡Eres de sobra irascible

y yo bravatas no admito!

¡Vas echando un geniécito  
que raya ya en lo insufrible!

Ves á tu hijo que llora

y que tiembla y se arrepiente,

y si yo no estoy presente...

RICARDO.

¿Va usted á disculparle ahora?

FACUNDO.

¿Pues no le he de disculpar?

¿Es tan grande su pecado?

¿O pretendes, desdichado,

que le mande fusilar?

¿Qué es todo ello en rigor? (Ricardo pretende hablar.)

¡Silencio! ¡Cierre usted el pico!

¿Que ha salido mal el chico?

¡Otra vez saldrá peor!

RICARDO.

Pues que haga cuanto le cuadre  
y pierda años.

FACUNDO.

¡Tontería!

¡Si eso hiciera, no haría  
más que imitar á su padre!

A ver: ¿cuál es tu carrera,  
aunque dártela he querido,  
responde? ¿En qué has invertido  
tu juventud? ¡Calavera!

En gastar á troche y moche  
yendo á orgías y á parrandas,  
en juegos y en cuchipandas  
por el día y por la noche.

¡En estar haciendo el bú  
á esta y la otra entretenida!

¡Esa es tu pasada vida,  
eso es lo que has hecho tú!

¡Oh!

RICARDO.

FACUNDO

¡No pienses disculparte!

Yo soy tu padre y tu juez,  
y ahora dime: ¿alguna vez  
he querido yo matarte?

¿Te arrojé yo de mi lado?

¿No tuve piedad de tí?

RICARDO.

Porque he sido lo que fui  
y escarmiento en mi pasado,  
quiero á mi hijo apartar  
de cuanto sé que le pierde.  
Si tasca el freno y le muerde,  
nada me puede importar.

Yo cumplo con mi deber,  
pues que sus faltas corrijo:  
algun día, si es buen hijo,  
me lo habrá de agradecer.

¿He de estarme yo callado  
viéndole hundirse en el lodo?

¡Ojala que de este modo  
me hubiera usted educado!

Otra cosa de mí fuera:  
quizá entónces yo estudiara  
y no me echase usted en cara  
el ser hombre sin carrera.

Son procederes distintos  
los nuestros: sí, padre, sí:  
por esa razón á mí

me abandonó á mis instintos;  
y si no llegan á ser  
tan nobles y tan honrados,  
si yo en mis años pasados  
no me llevo á detener,  
hoy tendría que llorar  
quizá alguna falta grave.  
¡Dios sabe, padre, Dios sabe  
dónde hubiera ido á parar!  
No me llame usted cruel  
por hablarle de esta suerte;  
cariño que da la muerte,  
reniego mil veces de él.  
No es que su afecto maldigo:  
yo siempre ante usted me postro...  
pero...

FACUNDO.           Eso es, échame al rostro  
mi bondad para contigo.           (Llorando.)  
¡Cállate, que me sonrojas!  
¡Ingrato!

RICARDO.           Escúcheme usted...

FACUNDO.           ¡Pierde cuidado! ¡Me iré,  
ya que de casa me arrojas!

RICARDO.           ¡Padre, por Dios!

FACUNDO.                           ¡No replico!  
¡Tú eres el amo de aquí!  
¡Me marchó, me marchó, sí,  
al punto, y me llevo al chico!

RICARDO.           ¡Padre!

FACUNDO.           ¡Es cosa decidida!...:  
¡Maltratar así á un anciano!  
¡Quita, quítate, tirano!  
¡Y caso al chico en seguida!

RICARDO.           ¡Cómo! ¿Casarle?

FACUNDO.                           Eso digo,  
y haces mal si te enfureces:  
¡tú te has casado dos veces  
sin consultarlo conmigo!

RICARDO.           ¡Eso es imposible!

FACUNDO.                           ¡Oh!

- RICARDO. ¿Y quién es ella?  
FACUNDO. Cristina.  
RICARDO. ¡Ah! ¿Y usted los apadrina?  
Pues bien: ¡yo digo que no!  
¡Estarde de mí burlando  
de tan inícuca manera!...  
¿Quién en Cristina creyera?...  
FACUNDO. ¡Silencio, que está escuchando!  
*(Mirando á la puerta tras de la cual se supone está Cristina.)*  
RICARDO. Que escuche: ¡yo no transijo!  
Una santa podrá ser;  
mas no es esa la mujer  
que quiero para mi hijo;  
¡y de todo soy capaz  
ántes de cambiar de idea!

## ESCENA X

Dichos. CRISTINA.

- CRISTINA. Para evitar que así sea  
hay un remedio eficaz.  
No pretendo que usted ceje  
en su opinion.  
RICARDO. Yo lamento...  
CRISTINA. Todo se arregla al momento  
con que yo de aquí me aleje.  
Quiero á Cárlos, le he querido,  
y este amor es muy profundo;  
mas ¡quién sabe! por el mundo  
tal vez encuentre el olvido.  
¿A qué espero ya? ¿Qué aguardo  
si no hay otra solucion?  
Tiene usted mucha razon:  
¡soy muy pobre, don Ricardo.  
No tengo timbres ni honores;  
y á quien me haga su mujer  
sólo le puedo ofrecer  
un alma rica en amores.  
Y eso es tan poco!...

RICARDO. No... si...  
FACUNDO. ¿Irte tú?  
RICARDO. No sé qué haría...  
FACUNDO. Sí; te marchas, hija mía,  
mas no te apartas de mí.  
RICARDO. ¡Padre!  
FACUNDO. ¡Cállate, enemigo!  
RICARDO. ¡Dios mío, mi frente abrasa!  
FACUNDO. ¡Sí, tú te vas de esta casa,  
pero te vienes conmigo!  
¡No llores! ¿Por qué no es rica?  
Yo lo soy, y aunque machucho,  
¡cómo me apures hoy mucho  
me caso yo con la chica!

## ESCENA XI

Dichos. CÁRLOS.

CÁRLOS. ¡Abuelo!  
FACUNDO. Ya hice el propósito.  
CÁRLOS. ¿Casarse ella con usted?  
FACUNDO. No te apures: la tendré  
en calidad de depósito.  
RICARDO. Pero...  
FACUNDO. Lo dicho: mañana...  
Sígueme. ¿A quién se obedece?  
¡Yo hago lo que me parece!  
RICARDO. ¿Sí?  
FACUNDO. ¡Lo que me da la gana!  
CÁRLOS. Yo procuraré enmendarme.  
RICARDO. ¡Véte tu también, impío!  
FACUNDO. ¡No te importe, ven!  
CRISTINA. ¡Dios mío!  
RICARDO. Se han propuesto asesinarme.  
FACUNDO. Sereis felices los dos:  
os casareis, ¡yo lo quiero!  
RICARDO. ¡Cárlos!  
FACUNDO. ¡Anda!

## ESCENA XII

Dichos. ANGUSTIAS.

- ANGUST. ¡Caballero,  
vengo á decirle á usted adios.  
Al fin no es usted un infame,  
y ántes de irme...
- RICARDO. ¡Señora,  
déjeme usted en paz ahora,  
por aquello que más ame!
- ANGUST. Pobre hija mía, ¡qué suerte!  
Sana y buena aquí viniste,  
y ahora te abandono ¡ay triste!  
á las puertas de la muerte!
- FACUNDO. Conque, adios. (¡No volveré!)
- ANGUST. ¿Qué, también se marcha?
- RICARDO. ¡Oh!
- ANGUST. ¡Vámonos juntos!
- FACUNDO. No, no:  
conmigo no viene usted.
- RICARDO. ¡Padre!
- CÁRLOS. ¡Abuelito!
- FACUNDO. ¡Callad!
- RICARDO. Espere usted.
- FACUNDO. (¡Ya se ablanda!)  
Tú lo has querido. ¡Anda, anda!
- RICARDO. ¡Que hago una barbaridad!
- FACUNDO. ¡No!
- ANGUST. ¡Jesús! éramos pocos...
- FACUNDO. ¡Nadie dejará su puesto!

## ESCENA ÚLTIMA

Dichos. MARÍA, dominando la situacion.

- MARÍA. ¡Papá! ¡Ricardo! ¿Qué es esto?  
¿Se han vuelto ustedes ya locos?  
¿Qué ocurre? ¿Tú lloras? ¡Oh!

¡Cárlos! ¡Cristina! ¡Mi madre  
llora tambien, y tu padre,  
y hasta llorando estoy yo!

FACUNDO.

¿Qué ocurre, vamos á ver?

ANGUST.

Que nos queríamos ir.

Que yo no puedo vivir  
viéndote á tí padecer.

MARIA.

Ó más claro y sin disfraz:  
que aunque todos nos queremos  
con el alma, no podemos  
vivir unidos y en paz.

¿No es esto?

FACUNDO.

Sí.

MARIA.

Pues es harta

desdicha: es cosa cruel  
que el odio no, y sea el  
cariño quien nos aparta.

Tú me adoras, yo te quiero:

usted á todos nos quiere:

mi madre por mí se muere,

y yo por todos me muero.

Pues bien: ¿á qué padecer?

¿Por qué luchais y yo lucho?

¡Porque queriéndonos mucho,  
no nos sabemos querer!

—Usted, madre, en realidad,

por todo se quita el sueño,

y en un detalle pequeño

ve usted una enfermedad.

Resultando de esto, que

aunque usted á una la quiera,

quiere usted de tal manera

que es preciso huir de usted.

—Usted, papá, es cariñoso

y de bondad está lleno:

pero á fuerza de ser bueno,

es usted muy peligroso.

—Tú,—decirlo es necesario,—

en todo eres diferente,

pues tocas precisamente

en el extremo contrario.  
Tal vez quieres mucho más;  
tal vez en tu alma de niño  
hay para todos cariño,  
pero á nadie se le dás.  
Te muestras siempre severo  
y muy frío, porque entiendes  
que tu dignidad ofendes  
sólo con decir: «¡te quiero!»  
y te engañas,—te lo juro,—  
no es conveniente abusar,  
mas no se debe ocultar  
lo que es tan grande y tan puro.  
Aunque otros tu rumbo sigan,  
no adoptes tú tales modos:  
créeme, Ricardo, á todos  
nos gusta que nos lo digan.  
Por ser tan exagerado,  
—no importa que esté presente,— (Por Cárlos.)  
por tener continuamente  
á tu hijo contrariado,  
ha llegado á rebelarse,  
libre ya de tu opresion,  
y ha estado en esta ocasion  
á pique de desbordarse.  
Una cosa es corregir  
y otra cosa esclavizar:  
lo que uno no puede dar  
no se le debe pedir.  
No digo que de él no cuides;  
yo por nuestro bien te arguyo;  
cada edad tiene lo suyo:  
su edad, Ricardo, no olvides.  
La juventud es la fuente  
que ves brotar entre peñas,  
y entre riscos y entre breñas  
se desliza su corriente.  
Jamás á su curso frío  
un dique quieras poner:  
deja, déjale correr,



que ya parará en el río.  
En fin, basta de llorar:  
¡vuelva á nacer la alegría,  
Ricardo!

FACUNDO.

¡Me la comía  
sin poderlo remediar!

MARIA.

¡Cárlos! ¡Cristina! acercaos.

FACUNDO.

¡Si digo que es hechicera!

MARIA.

Cuando acabe su carrera...

RICARDO.

Bien, bien; casaos, casaos:  
¡á este ángel se lo debeis!

CRISTINA.

¡Qué corazón tan hermoso!

CÁRLOS.

¡Yo trabajaré afanoso!

MARIA.

Si os quereis, ¿qué más quereis?

CRISTINA.

Con tal espejo delante,  
yo seré una buena esposa.

CÁRLOS.

Si no fueras tan celosa...

MARIA.

Un poquito y es bastante.  
Produce fieros dolores

esa pícara pasion:  
mas siempre los celos son  
la salsa de los amores.

ANGUST.

Hija mía, óyeme aquí:  
yo no digo que te mueras;  
pero ¿estás buena de veras?

MARIA.

Sí, mamá.

ANGUST.

¡Más vale así!

FACUNDO.

Oye tú aparte, pilluelo... (A Cárlos.)

¡Jí! ¡jí! Si no puedo hablar...!

CÁRLOS.

Entiendo: se ha de llamar  
Facundo.

FACUNDO.

¡Yo bisabuelo! (En el colmo de la alegría.)

CRISTINA.

¡Qué feliz soy!

CÁRLOS.

¡Abuelito!

FACUNDO.

Hemos vencido nosotros.  
Con esto, y con que vosotros  
no me quiteis á Tonito...

MARIA.

No, más...

FACUNDO.

Ruego que prescindas  
de sermones y ternezas:

no le daré más cerezas.

MARIA.

Siendo así...

FACUNDO.

(Le daré guindas.)

MARIA.

Créeme: no es tan contraria  
ni tan triste nuestra suerte:  
me uní á tí para quererte,  
no para ser millonaria.  
Si mis cofres no están llenos  
de joyas de gran valor,  
teniendo en cambio tu amor  
todo lo demás es ménos.

RICARDO.

Sí, María, ¡yo te adoro  
y sólo tu dicha ansío!

MARIA.

Pues ese, Ricardo mío,  
ese es el mejor tesoro.  
Que no se rompa esta fé  
que nuestra dicha asegura:  
querámonos con cordura  
y nunca olvidemos que,  
cariños que se desatan,  
hijos de la ceguedad,  
son cariños, en verdad,  
pero *¡Cariños que matan!*

FIN.



# PUNTOS DE VENTA

---

## MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon y Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4; *D. Eduardo Martínez*, calle del Príncipe, núm. 25 y *Saturnino Calleja*, Paz, 7.

## PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa los corresponsales de esta Galería.

## PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

## FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Dénné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

## ALEMANIA.

*Mr. Wilhelm Friedrich*, editeur, Leipzig.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.